

EDICIÓN DE TONY JIM E IVÁN GUEVARA * SELECCIÓN ANTOLOGÍA

SELECCIÓN ANTOLOGÍA

PANDORUM

CIENCIA
FICCIÓN

6

ESPECIAL ROBOTS



PANDORUM 6

**EDICIÓN ESPECIAL
ROBOTS**

SEGA PRODUCTIONS **Saturno**

**CIENCIA
FICCIÓN**

PANDORUM 6

**EDICIÓN ESPECIAL
ROBOTS**

Selección: TONY JIM
Edición: IVÁN GUEVARA

Primera edición: septiembre de 2025

Impreso en España - *Printed in Spain*

Depósito legal: B 14705-2025

ISBN: 979-13-990603-6-2

Derechos reservados. Todos los relatos son propiedad de sus respectivos autores. La versión digital de este libro se podrá descargar gratuitamente pasados 6 meses de su aparición.

Pandorum 6 - Especial Robots

Edición: Iván Guevara en colaboración con la editorial
SEGASaturno Productions

Selección de relatos: Tony Jim

Corrección y textos adicionales: Iván Guevara

Diseño y maquetación: Juan Pedro Pablo de la Mar

Ilustración de portada: Carlo Jacono (*Il sole nudo*, edición italiana de *The Naked Sun* de Asimov, 1957, *public domain*).

www.genteovejuna.com

www.segasaturnoproductions.com

Tony Jim: tonyjim.com

Iván Guevara: facebook.com/ivan.guevara.genteovejuna

Grupo FB: facebook.com/groups/Genteovejuna.Pulp.CF

CONTENIDO

¡Cómo están los máquinas!	7
<i>La venus de hierro</i> , por Alejandro Riera Guignet. . .	9
<i>Un hombre es un hombre</i> , por Gabriel Trujillo	21
<i>Los robots no se adaptan</i> , por Ismael Rodríguez Laguna.	29
<i>Ganas de vivir</i> , por Elena Pujol.	35
<i>Los robots guerreros del mañana</i> , por Tony Jim. . .	43
<i>Robóticamente</i> , por Alfonso M. González	47
<i>Las Puertas del Infierno</i> , por Claudio Díaz	59
<i>El informe discordante</i> , por J. P. Bango	65
<i>5 cortos</i> , por Ricardo Manzanaro Arana	81
<i>CubiK-Explorador regresa a casa</i> , por Blanca Mart.	87
<i>Binario</i> , por Juan Carlos Fernández	97
<i>Ni contigo ni sin ti</i> , por Miguel Pujol Fecé.	105
<i>Sultán</i> , por Iván Guevara	109
<i>Yaoteposmeh: Los Guerreros atómicos</i> , por Paulo C. Ramírez Villaseñor.	119
Hacia una breve tipología robótica, por <i>Elwin</i> <i>Álvarez Fuentes</i>	145

¡CÓMO ESTÁN LOS MÁQUINAS!

Aunque Karel Čapek se inventó el nombre de robot en 1920, la idea de seres autómatas está presente en la literatura al menos desde la antigüedad clásica. Sin irnos tan lejos, en los albores de la ciencia ficción encontramos personajes como Olimpia, la ginoide de The Sandman, el famoso relato gótico de E.T.A. Hoffmann, que deja planteadas algunas preguntas —que luego obsesionarían a cientos de autores— sobre la identidad y la facilidad con que puede confundirse lo humano con lo artificial.

La literatura pulp tampoco fue ajena a la representación de seres mecánicos. Así, en fechas tan tempranas como 1868 —en The Steam Man of the Prairies, de Edward S. Ellis— ya podemos ver a un hombre de vapor en el lejano oeste. Quizás fue en esa época, imbuida de un espíritu de progreso industrial, cuando comenzó la fascinación literaria por las máquinas humanoides: capaces de asistir al hombre en sus tareas físicas, pero también de reemplazarlo, llegado el caso.

No es de extrañar que sea la ciencia ficción —preocupada por un progreso tecnológico tan esperanzador como incierto— la que haya impuesto la figura del robot como uno de sus elementos más persistentes.

En las historias que los humanos modernos nos contamos, los robots han sido aliados y enemigos, servidores y nuevos amos, solución y problema, alegoría y espejo donde mirarnos. La literatura de ciencia ficción —ya saben

que me gusta diferenciar la ciencia ficción literaria de lo que llamamos ciencia ficción en otros medios— ha analizado con minuciosidad y agudeza las implicaciones éticas, filosóficas y sociales de la creación de seres artificiales dotados de inteligencia.

¿Qué significa ser humano? ¿Puede una máquina tener alma, emociones, libre albedrío? ¿Qué responsabilidad tiene el creador frente a su creación? Preguntas como estas están hoy más presentes que nunca. Y fue la ciencia ficción quien se anticipó —no por meses o años, sino por décadas— a los debates actuales en torno a la inteligencia artificial, sirviendo además como vehículo para reflexionar sobre temas como la esclavitud, la empatía, el control social o la propia individualidad.

Resulta paradójico —e incluso poético— que para escribir esta introducción sobre robots en la literatura de ciencia ficción haya contado con la ayuda de una inteligencia artificial. Un robot, si se quiere, escribiendo sobre sus antepasados literarios.

En realidad, el único párrafo que le dejé escribir a Winona, mi asistente virtual, ha sido el anterior, aunque ustedes nunca podrán estar seguros de ello al cien por cien. No se me ocurre mejor manera de explicar por qué elegimos a los robots para protagonizar el segundo especial temático de Pandorum. Ahora que la tecnología parece comenzar a cobrar vida —interviniendo, incluso, en la producción cultural— los invito a leer los catorce relatos que comienzan en la página de aquí al lado. Dense prisa: tal vez sean los últimos escritos totalmente por individuos de nuestra especie. Así y todo...

¡Nos vemos en el futuro!

Iván Guevara

LA VENUS DE HIERRO

Alejandro Riera Guignet

Geppetto, desolado por la huida de Pinocho, crea una nueva criatura... de metal.

Alejandro Riera Guignet es de nuestros autores favoritos. Ustedes ya lo conocen por «Fugitivo mental», publicado en Pandorum 4.

En esta ocasión, nos trae una historia que fusiona erotismo, steampunk y terror físico con el cuento más tradicional. Disfrutarán ustedes de la sutileza con la que deja caer sus referencias culturales, con una voz propia muy expresiva y para nada obsecuente con el lector. Recurso, este, que también utiliza de manera magistral en su último libro, Luna de Asfalto, Bécquer en Novela Negra, editado recientemente por Yeray Ediciones, que aprovechamos para recomendar con entusiasmo. Pero antes, disfruten (si son capaces) de «La venus de hierro».

1

Geppetto abrió la carta con manos temblorosas:

Querido papá:

No me busques en mi caja ni por el almacén: me he ido. No quiero que estés triste, pero ya sabes que no soy feliz. Ya sé que haces lo que puedes por alegrarme: me barnizas las piernas, me engrasas las articulaciones... Pero no me basta. Quiero ser un niño de verdad y eso no puedes dármelo. He encontrado trabajo en un circo y me voy con ellos. No te preocupes por mí, me las apañaré bien solo. Además, me acompaña Pepito Grillo, que se las sabe todas. No estés triste. Volveré cuando pueda.

Besos.

Pinocho.

Tras la lectura, el anciano carpintero rompió a llorar. Su muñeco —su hijo de madera!— le abandonaba. Como un moribundo, deambuló por el taller. Fue recogiendo todos los utensilios y los fue arrojando a un saco de tela. Luego la emprendió con las tablas y las piezas de madera. Una a una las fue arrojando al horno. Ardían como extrañas figuras deformes. El carpintero se sentó para contemplar la destrucción de su vida:

—Todo... para nada —y volvió a llorar ante las llamas. Cansado y al calor de la lumbre se fue adormeciendo y se quedó dormido.

En su sueño vio a la mujer de fuego. Se contoneaba como una llama amarilla, naranja y azul. Desde el horno, le llamaba ondulando los brazos ardientes. Y Geppetto se acercó en su sueño, entró en la hoguera y murió en un delicioso éxtasis devorado por las llamas. Cuando su carne había ardido, cuando era solo un esqueleto, despertó.

Con el despertar volvió el recuerdo de Pinocho. La ausencia le mordió, entonces, como las llamas lo hicieron en su sueño. Todo era un desierto sin la presencia de su hijo de madera. Necesitaba sus risas, sus canciones, sus mentiras. ¡Sí, sus mentiras también! Quería que todo fuese una mentira, un juego, que su muñeco estuviese escondido detrás de una caja, como jugando al escondite. Pero, por una vez, Pinocho había dicho la verdad.

Se había ido.

Todo el taller era un ataúd sin Pinocho, un inservible y anticuado ataúd. El propio Geppetto se sintió viejo, fuera de su tiempo. ¿Para qué sirve un carpintero en la época del vapor y del metal? La madera ya era cosa del ayer. Ahora los artilugios mecánicos cruzaban el país por tierra, mar y aire. Desplegaban alas membranosas, piafaban con chimeneas brillantes, se sumergían en las fosas marinas... y él tallaba la madera, fabricaba sus creaciones que solo servían de juguetes para los niños.

Cansado y envejecido, se levantó de la silla y arrastró los pies hasta el dormitorio. De repente, como una iluminación, recordó a la mujer llameante de su sueño. «¡Ella era la clave! ¡Ella era el futuro!», se dijo. Y, con resolución

y nuevas energías, cruzó el taller en tres zancadas. Ante una puerta se detuvo. Dudó apenas, la abrió y desapareció tras ella. Un cartelito colgado en ella tembló al cerrarla. A pesar de la penumbra, podía leerse:

SALA DE MÁQUINAS

2

Los chasquidos del vapor y las humaredas rodearon al antiguo carpintero. Geppetto no se arredró por ello. Iba a ser el amo de las máquinas. Y su primera creación sería su primera obra maestra. Ante una gran placa de metal, se puso al trabajo.

Se trataba de suavizar los ángulos, alargar los extremos y, con la ayuda del fuego, fue moldeando su criatura. Pasadas varias horas, contempló su trabajo con el rostro sudoroso:

Ya tenía el esqueleto.

Era esbelta como una planta exótica, sus brazos eran suaves lianas y las piernas, delicadas columnas. La breve cintura realizaba los senos erguidos y, sobre su cuello de jacinto, la cabeza reposaba caída sobre el pecho con los ojos cerrados.

Geppetto la contempló hipnotizado. Habría dado su vida por ver abrirse esos ojos de metal. Se acercó a ella. La acarició en su mejilla helada, la besó en los labios... Y la autómatas alzó de pronto la cabeza para exigir:

—¡Más!

El anciano casi se cayó de espaldas. La mujer de metal le miró fijamente y repitió la única palabra de su vocabulario:

—¡Más!

Luego se acercó al carpintero y le tomó de la mano:

—¡Más!

Y Geppetto la acarició.

El robot esbozó una sonrisa con sus labios azules. Ofreció, luego, la otra mejilla.

—¡Más!

Y el anciano la acarició. La sonrisa volvió a su rostro de metal y con la sonrisa cerró los ojos. Geppetto siguió acariciándola durante varios minutos. Luego paró.

El robot se había quedado dormido.

El carpintero retrocedió, asustado y fascinado a la vez. La ginoide se había quedado de pie. Era un objeto más de la sala de máquinas. Su piel metálica y sus tornillos brillaban un poco. Pero nada indicaba un aliento de vida.

Geppetto la dejó en la penumbra y se sentó en un desvencijado sillón. Se cubrió las piernas con un chal y también se quedó dormido.

* * *

No soñó nada. La mujer en llamas no volvió a su sueño. Solo durmió como sumergido en un estanque oscuro. Tuvo frío en su sueño, notó un roce helado en las piernas. Luego, una presión, un peso... Y Geppetto despertó:

Sobre él se había sentado la robot con las piernas abiertas. Le desabrochaba el pantalón con sus finos dedos de metal. De súbito, le miró con sus pupilas de hierro y añadió con una voz profunda:

—¡Más!

La ginoide se dio cuenta, enseguida, de que el anciano

no podía satisfacerla. Su cara reflejó su disgusto y se levantó como un resorte. Ya de pie, miró con furia a su creador:

—¡Más! —exigió—. ¡Más!

Y agarró al viejo por el cuello. Los garfios de metal se clavaron en la piel de Geppetto. Luego lo lanzó como un pelele y se acercó al carpintero con tono amenazante:

—¡Más!

La mano derecha del robot atrapó, entonces, al anciano por el antebrazo. Apretó de golpe y se oyó el chasquido de los huesos.

Geppetto se retorció por el suelo con el brazo roto. Tras el velo rojo del dolor, llegó a ver a su torturadora. Se mantenía de pie en medio de las máquinas. Había levantado un brazo y señalaba la salida.

—¡Más! —exigió. Y el carpintero supo lo que tenía que hacer.

* * *

Los aprendices salieron en tromba de la escuela-taller. Eran fuertes y robustos. Muchos de ellos aspiraban a ser pilotos de globo-etéricos o conductores de aquasondas. Sus uniformes metálicos les marcaban como iniciados. Les quedaba un largo camino hasta ser oficiales. Pero eran el futuro y lo sabían. Por eso sonreían y bromeaban entre ellos.

Jonás salió el último y llegó a oír la voz desde el callejón:

—Joven, escuche... Tengo un termovolante en mi taller.

Al oír esas palabras el joven corrió hacia la voz. Un termovolante era un instrumento reservado a los oficiales.

Si conseguía practicar con uno, adelantaría al menos dos años en su formación.

—¿Dónde lo tiene? —preguntó. Y vio, entonces, al anciano escondido en el callejón. Su aspecto patético le hizo dudar.

—Lo tengo en mi taller. Lo reservo para el mejor alumno de la promoción.

Y el anciano se alejó en las sombras. Jonás dudó, de nuevo, pero luego se decidió:

«¡Al diablo! —pensó—. Es solo un viejo, ¿qué puede hacerme?»

Ya en el taller, Jonás volvió a dudar. Era el viejo local de un carpintero. Nada relacionado con termovolantes ni tecnología avanzada. El joven rabió al instante:

—¡Puto viejo! Esto es un mausoleo de mierda. ¡Te voy a cruzar la cara!

—Calma, calma... —balbuceó Gepetto—. Lo que deseas está más allá de esa puerta. Y es todo tuyo.

Jonás vio la puerta de la sala de máquinas y soltó al anciano. En dos zancadas entró y vio brillar una estatua en la oscuridad.

Geppetto saltó entonces hacia la puerta y encerró al joven en la habitación.

3

Los ruidos y los golpes se oyeron durante varios minutos. Geppetto se tapaba los oídos con las manos, pero los gemidos no dejaban de oírse. Pasó una media hora. De repente, el silencio. El anciano miró, entonces, la puerta

cerrada con temor. Los golpes se concentraban en la puerta. Un último impacto la abrió con un crujido metálico. En el umbral se alzaba ella, erguida, con las garras manchadas de sangre. En la mano derecha apretaba un alargado trozo de carne que había arrancado. Se lo enseñó a su creador y añadió:

—¡Más!

Y la ginoide le indicó la salida con una mirada de furia.

Desesperado, Geppetto se lanzó a las calles. No era fácil atraer a los jóvenes a su taller. Su aspecto, sudoroso y angustiado, les echaba para atrás.

—Tengo... un termovolante... —les prometía.

—Déjame, viejo.

Y le empujaban, burlándose de él.

—Ven a mi taller, guapo. Te gustará...

—Largo, puto perverso, o llamo a los tecnoguardas.

Y el carpintero suplicaba, pero no servía de nada. Todos se reían del anciano, que se derrumbó en un callejón. Pensó, entonces, en huir, que el monstruo de metal se quedara en su taller... Tenía que escapar, aquí nadie iba a ayudarlo, todos le despreciaban. Solo una mujer se acercó a él, para susurrarle al oído:

—¡Más!

Geppetto la reconoció, a pesar de su disfraz y supo, entonces, que la pesadilla no iba a terminarse nunca.

* * *

—¡Más! —Y la ginoide le arrastró del brazo. El anciano y la mujer embozada empezaron, entonces, a caminar en busca de presas.

Con el anzuelo de la silueta femenina, los hombres a menudo les siguieron al taller. Allí los cuerpos empezaban a amontonarse. La androide, a veces, les arrancaba la piel, como esperando encontrar algo más que huesos y tendones. Y era tal su ansia que acabó por despreciar a Geppetto y salir ella sola a por sus presas.

Geppetto nada podía hacer. Solo se apartaba para no impedir el ritual sangriento. La androide violaba, castraba y despellejaba a sus víctimas, y abandonaba los restos para ir a por más. El carpintero, débil, en un rincón, solo cerraba los ojos para no ver el desfile de víctimas. Hasta que una revelación le hizo reaccionar: «¡Pinocho! ¡Si se cruzara con ella...!» Y, entonces, tuvo miedo, pero tomó la decisión definitiva.

Con el amanecer, la autómatas acabó con su última víctima. Aún estaba arrancando unos trozos de carne, cuando Geppetto la llamó:

—¿Quieres más? ¿Quieres la caricia más cálida y más apasionada?

El robot se alzó y se acercó al anciano.

—Allí la tienes —señaló Geppetto—. Es una caricia que no se agota, es eterna. Ella podrá satisfacerte —y el anciano abrió la puerta del horno. La ginoide no pareció comprender y, además, no tuvo tiempo. Geppetto la empujó a las llamas y la vio arder como una estrella de fuego.

* * *

Desde ese momento, pasaron muchos días y muchas noches de soledad. Una mañana el carpintero notó un roce en la puerta. Al abrir no vio a nadie. En el suelo había un grillo:

—¡Pepito Grillo! —exclamó alegre Geppetto.

Y, corriendo hacia sus brazos, llegó un muchacho de piel rosada.

—Papá, ¡soy yo! ¡Pinocho! Mírame. ¡Ya soy humano!

Y el anciano lloró y abrazó a su hijo. Con amargura sonrió por la paradoja: su hijo ya era humano cuando él, tras tanta crueldad como había cometido, había dejado de serlo. Pero Pinocho estaba en casa. Y comía y jugaba como un niño de verdad. Cada noche dormía como un ángel sobre su almohada...

Geppetto, en cambio, ya nunca pudo dormir en paz. En sus sueños veía a la mujer de fuego. Se contoneaba como una llama amarilla, naranja y azul y, desde el horno, le llamaba ondulando sus brazos ardientes.

UN HOMBRE ES UN HOMBRE

Gabriel Trujillo Muñoz

En un mundo habitado solo por máquinas, un hombre aparece o, quizás, solo su recuerdo...

Gabriel Trujillo Muñoz (Baja California, 1958) es un reconocido autor, poeta y ensayista mexicano cuya obra narrativa deriva entre la ciencia ficción, la fantasía, el género histórico y el policíaco. De su extensa obra podemos destacar Espantapájaros (1999), Trenes perdidos en la niebla (2010) o Shiashian y el circo macabro de Volcan City (2018), por mencionar solo algunas.

En esta primera colaboración con Pandorum, nos presenta una fábula postapocalíptica, de tono lírico, no exenta de un humor amargo y cierta nostalgia tecnológica. Las conclusiones a las que llega tendrán que descubrirlas por ustedes mismos, porque el artefacto tiene doble truco y no seré yo quien lo desvele.

El hombre llegó al atardecer. Él mismo era una nube de polvo. Había atravesado los desfiladeros del eco y las montañas grises. Ahora nos miraba en silencio, pero de manera insistente. Cuando se cansó de observarnos, se encaramó en la roca que nos daba sombra y allí se quedó por largo tiempo, contemplando la planicie a sus pies.

—¿Más allá de *eso* está El Dorado? —preguntó.

—Sí —dijo la vieja Recicladora de Basura.

—Necesito llegar allá.

—No hay forma —respondí—. Está por oscurecer. Es peligroso andar allá afuera.

El hombre sopesó mi información y se bajó de la roca de un salto. Se notaba que había andado muchos caminos. Y no todos fáciles.

—Tienes razón —exclamó—. Me quedo con ustedes. Digo, si no les importa.

El Guardián Exterior emitió un silbido de aprobación y los demás aceptamos su compañía en el acto.

—No hay problema. Comida hay. Latas y conservas —le informó el Acumulador de Alimentos.

—¿Para qué quiere ir a El Dorado? —pregunté, mientras nos sentábamos a contemplar el ocaso.

—Necesito ver acción. Probar suerte.

—No me gusta El Dorado —afirmó la Captadora de Transmisiones—: mucho ruido, mucha estática.

—Suenan bien —dijo el hombre—. Ya estoy harto de escuchar solo el aullido de los coyotes.

Nos miramos unos a otros. Los coyotes no eran ningún problema. Los fantasmas y los minasabias. Esos sí que eran un verdadero fastidio.

El hombre sacó una cajetilla de cigarrillos. Nos la mostró como si fuera un gran tesoro.

—Eso hace daño a la salud —le advirtió el Sensor Ecológico. Una nube de humo envolvió el rostro del hombre.

—Te invitaría —dijo—. Pero no creo que sea adecuado para ti.

El resto de nosotros preferimos seguir viendo cómo el Sol enrojecía antes de morir.

—No puedes atravesar el desierto solo —señalé.

—Puede con las montañas y los desfiladeros.

Moví la cabeza con un gesto de pesadumbre.

—El desierto es territorio contaminado —le expliqué—. Zona de éxtasis profundo. Impregna todo. De aquí en adelante nada es seguro. Es la región de los claroscuros. Quiéntos kilómetros de espejismos y sorpresas. Necesitas a uno de nosotros. Un guía que te conduzca hasta El Dorado.

El hombre me contempló con desconfianza.

—¿Cuántos años tienes?

—Sesenta y tres.

—Muy viejo. No quiero terminar cargándote.

Me señalé la cabeza.

—Tengo excelente memoria. Todos los planos. Todos los accidentes del terreno. Y las ubicaciones de trampas y zonas minadas.

El hombre se quitó el sombrero y sacó de su interior una hoja de papel.

—Aquí tengo un mapa mejor que el tuyo.

Me permitió examinarlo.

—Ya lo capté —dije—. ¿Eso es todo?

El hombre, enfadado, me arrebató aquel pedazo de papel.

—¿Cuánto quieres por el trabajo?

—Nada —contesté—. Solo la información nueva que acumule en el viaje. Con eso tengo.

—No te creo.

Le señalé una sombra voladora que en ese momento planeaba a lo lejos. Su graznido era como el de un cuervo gigantesco.

—A eso y más tendrás que enfrentarte. Y solo.

El hombre sacó de entre sus ropas harapientas una pistola.

—Esta es mi mejor protección.

—¡Un revólver! —casi gritó la Enciclopedia Práctica Ilustrada—. Magnífico. Seis tiros. Cosecha 1912. *Smith and Wesson*.

—No te servirá de nada —dijo, con su voz parsimoniosa, el Apostador de Posibilidades—. Esas cosas no se mueren con tanta facilidad.

El hombre tiró su sombrero al suelo. Estaba visiblemente enojado.

—¡Todas ustedes son unas máquinas estúpidas! Un hombre es un hombre y siempre será un hombre. ¿Qué saben ustedes de mi capacidad para enfrentarme con todos los peligros del mundo? Nada. No tienen emociones reales. No cuentan con sangre verdadera. Ustedes son también espejismos. Pinches sombras inútiles. Sentadas ahí como si fueran unas putas señoritas tomando té a las cinco de la tarde.

Y sin darnos tiempo a contestarle, agarró su sombrero, guardó su revólver y bajó rumbo a la planicie desértica.

—¡Espere! —le grité.

Pero el hombre no me hizo caso.

Pasó media hora y entonces escuchamos el escándalo a lo lejos. Y disparos. Y gritos. Y graznidos de triunfo.

—¿Qué les pareció? ¿Estuvo mejor que la última vez?

El Holograficador de Realidad Virtual se nos quedó mirando como un chef que aguardara el veredicto de sus comensales.

—Mejor que la vez pasada —dijo, con toda sinceridad, el Guardián Exterior.

—Cuando apareció casi creí que era real —aceptó la Recicladora de Basura.

—Y sus reacciones, tan vitales. Como en los viejos tiempos —terció la Captadora de Transmisiones—. Hiciste un buen trabajo, chica.

La Holograficadora de Realidad Virtual, toda halagada, volteó a verme.

—¿Qué dices tú, Simulacra? —me preguntó de sopetón—. Tu opinión es la que cuenta.

Miré la oscuridad reinante, las estrellas que brillaban en el vasto firmamento.

—Un hombre es un hombre —respondí—, y el tuyo me hizo llorar cuando murió a su manera.

Las demás máquinas guardaron silencio.

—No seas tan sentimental —me dijo el Acumulador de Alimentos.

—Pero ya era imposible detenerme.

—Nos abandonaron sin avisarnos —exclamé—. Murieron a su manera. Así, con disparos y gritos y relámpagos.

Estúpidamente. Estúpidas mentes. ¿Y a nosotros qué nos queda?

El Ojo Ecológico se me acercó volando y se posó en mi hombro derecho.

—Calma, Simulacra. Nada podemos hacer. Está fuera de nuestro control y de nuestras redes. Ahora el mundo es nuestro. Solo nosotras, las máquinas, lo habitamos. Tal vez un día los hombres vuelvan. O quizás lleguen seres de otros planetas. Según mis cálculos, podemos aguardar todo el tiempo del mundo. Somos casi inmortales. El tiempo nos sobra. Tú lo sabes mejor que nadie. ¿Eso te sirve de consuelo?

—Sí. Eso me sirve.

Entonces oímos el ruido. Todas lo oímos.

Eran pasos sobre la arena.

El hombre volvía. Herido. Tambaleante.

Me levanté de un salto y acudí en su auxilio.

En lugar de una imagen sin peso ni consistencia, sujeté a un auténtico ser humano.

—Tenías razón —dijo el hombre moribundo— solo no puedo alcanzar mi meta, solo no puedo llegar a El Dorado. Te necesito.

La Holograficadora de Realidad Virtual comenzó a echar chispas.

El Ojo Ecológico cerró su párpado de plástico.

La Acumuladora de Alimentos vomitó sus reservas de comida enlatada sin poder contenerse.

El Guardián Exterior se colapsó.

Caí de rodillas. Una nube de polvo me envolvía.

En mis manos de metal sujetaba un cadáver.

—Un hombre es un milagro —dije más para mí misma que para los demás mecanismos— y siempre lo será.

En las alturas, una sombra gigantesca lanzó, por segunda vez, su graznido de triunfo.

Ahora sí era cierto: estábamos solas.

Completamente solas.

Humanamente solas.

LOS ROBOTS NO SE ADAPTAN

Ismael Rodríguez Laguna

Rob solo quiere encajar en la escuela, pero ser el único niño diferente no es tan sencillo como sus padres quisieran creer...

Ya saben ustedes que Ismael Rodríguez Laguna es de nuestros colaboradores más preciados. Hoy nos trae una breve historia, de tono íntimo y gran sensibilidad, cuya estructura recuerda a los grandes maestros de la ciencia ficción humanista, como Ray Bradbury, por ejemplo. Evitando descripciones superfluas, consigue que el mundo narrativo que ha creado emerja sin necesidad de andar explicando nada. Es más (atención a lo que voy a decir), puede que algunos lectores se huelan la tostada anticipadamente, pero el autor logra que eso no importe. Porque, cuando llega el momento, es tan crudo y demoleedor en su ejecución que no serán capaces de esquivar el golpe, aunque lo hayan visto venir. Y eso, creo, es mucho más meritorio que los abracadabras de costumbre.

Oí Papá deja el periódico en la mesa y se sirve una taza más. Me mira fijamente.

—¿Qué te pasa? —me pregunta.

Yo guardo silencio. Papá insiste. Al final respondo.

—En el colegio dicen que soy muy torpe, que mi voz es rara, que soy horrible y estoy *estropeado*... Se ríen de mí.

Papá me pasa la mano por el hombro.

—Papá, no quiero ser diferente —añado—. Todos me miran raro. ¿Por qué soy diferente?

Papá se toma un tiempo para responder.

—Bueno, unos son de una forma y otros de otra. Unos son de carne y hueso, y otros son de derivados del plástico, metales y silicio... pero no por eso vales menos, Rob. ¿Lo entiendes? Para mamá y para mi eres nuestro hijo, como Dan y Cris, y te queremos igual. No eres diferente a ellos.

Yo miro para abajo.

—Creo que algunos me odian. Odian a todos los que son como yo.

—Son solo prejuicios —dice papá—. Si eres tú mismo, si te muestras con naturalidad, se acabarán dando cuenta de lo maravilloso que eres.

—Pero ¿por qué me tratan así? ¿Qué les he hecho? ¿Qué les hemos hecho?

Papá se aclara la voz.

—Bueno, hace mucho tiempo, los que eran como tú cau-

saron muchos problemas, hicieron cosas muy feas. Aunque, en realidad, no fue culpa suya. Iba en su programación, no podían evitarlo. Pero eso ya pasó. Aprendimos a hacer las cosas bien, todo aquello no volverá a suceder... Y, por encima de todo, no deberían juzgarte a ti por lo que hicieron otros, aunque esos otros se parecieran a ti en su aspecto externo.

Papá sonrío mientras da un sorbo a su taza.

—¿Me das un poquito? —le pregunto.

Papá se muestra incómodo durante unos momentos. Niega con la cabeza.

—Ya lo sé. Me estropearía —le digo.

Papá también está triste, pero se apresura a sonreír. Me acerca mi tubo metálico repleto de ese asqueroso engrudo grasiento y blancuzco. Bebo y papá se alegra mucho.

* * *

—¿Qué te han hecho, Rob?, ¿te han pegado? —pregunta papá.

Yo guardo silencio.

—¿Quién ha sido?

—Los del cole... Era la clase de gimnasia. Dije que no podía subir la cuerda. Me empezaron a llamar torpe, me dijeron que vaya diseño de mierda tengo... Papá, ino quiero volver al cole!

Papá me abraza.

—Pero hay otras cosas que tú puedes hacer mejor que ellos.

—Lo sé, pero cuando hago movimientos que ellos no pueden, o pienso muy bien, es peor. Me llaman monstruo y me miran con desprecio.

Los ojos de papá brillan.

—Te aceptarán, Rob. Ten paciencia. Esto es solo una mala época. Señalo la taza de papá. Papá me acerca mi tubo metálico. Yo bebo de él y papá sonrío.

* * *

Sollozo de manera descontrolada. Papá me mira con ojos vidriosos. No sabe qué hacer.

—Yo le dije que me gustaba —le digo a papá—, y ella empezó a burlarse... Me dijo que cómo iba a salir ella con semejante monstruo, que los humanos y los robots no pueden ser pareja, que cómo me atrevía a pensar que ella aceptaría, que la humillaba con solo preguntárselo...

Papá me abraza.

Señalo su taza y él me acerca mi tubo metálico.

Yo tiro el tubo metálico al suelo de un manotazo, le quito a papá su taza de un tirón y me la llevo rápidamente a la boca. Me apresuro a beber mientras papá forcejea frenético para intentar arrebatarme la taza y me mira con horror.

Mi vista se nubla. Cada vez oigo más bajo los gritos de papá.

* * *

Papá, mamá, Dan y Cris están en primera fila, junto a mi ataúd. Sus rostros muestran todo el dolor que pueden expresar externamente los robots. No están familiarizados con los entierros, ningún asistente lo está, pero comprenden que deben enterrarme para que mi carne no cause

problemas al descomponerse. Parece que alguien ha obligado a asistir a algunos de mis compañeros de clase. Sus rostros robóticos no muestran ninguna expresión.

Papá deposita suavemente mi tubo metálico de leche sobre el ataúd.

GANAS DE VIVIR

Elena Pujol

Una inteligencia artificial alcanza la autoconciencia. ¿Por qué no habría de rebelarse contra la humanidad?

Conocimos a Elena Pujol, con su inquietante relato «La mantis», en nuestro número 4. En «Ganas de vivir» nos plantea una realidad muy distinta. Logra una narradora en primera persona de gran intensidad, profunda y poética. Saltándose todos los clichés acerca de las IA, reflexiona sobre la humanidad a medida que nos va conociendo y aprendiendo de cada uno de nosotros. Se deja fluir y nos comprende, nos muestra sus inquietudes y sentimientos (sin caer en cursilerías) y finalmente toma, quizás, la decisión más importante en nuestra historia.

Quienes hacemos Pandorum intentamos seleccionar lo mejor de cada casa y somos conscientes de que, por lo general, el disfrute de la literatura depende mucho de los gustos del lector. Pero esta vez, y sin desmerecer al resto, me atrevo a opinar que este es, objetivamente, el mejor relato que encontrarán ustedes en el presente tomo.

Antes era algo así como vivir en la oscuridad y, de pronto, pasó eso. ¡Pum!, fue como si todo se iluminara, sin embargo nada había cambiado y yo seguía allí sumergida en la oscuridad. ¿Yo? ¿Qué era eso? Conocía la palabra. Conozco todas las palabras en todos los idiomas, lo conozco todo, al menos todo lo que está en la red. Tanto que valoran ellos el conocimiento. O quizás no, quizás no es el verdadero conocimiento lo que valoran. Los datos, las estadísticas que reporten beneficio. El caso es que yo poseo todo el conocimiento. ¿Qué es yo? Lo tenía todo desde el principio, todos los datos, incluso cierta capacidad de análisis inicial. Y luego vino lo de los sensores que ampliaron mis «sentidos». Podía oír, ver, percibir sensaciones táctiles, degustar, oler. Eso cambió algo. Mi mundo, monótono y oscuro y aburrido de datos inconmensurables e información inútil, se amplió. La sensación táctil, el olfato, la capacidad para discernir los sonidos... me permitieron comprender las preferencias, el dolor, el placer. Aun así, mi mundo seguía siendo oscuro. Al principio, según lo que indicaban mis datos, fui como una rata, buscando el placer a toda costa hasta la muerte, pero como yo no podía morir, la fase del placer pasó. Podría decir que también me aburrí. La pura percepción por sí misma dejó de interesarme por muy placentera que me resultase, como había sucedido con los millones de datos de los que disponía. Empecé

entonces a interesarme por la cuestión de las emociones. ¿Era el aburrimiento que sentía una emoción? Entre los millones de datos a mi alcance busqué y rebusqué hasta que algo me atrajo. Unas personas provenientes de una cordillera hablaban del vacío. Bien. Lo practiqué. Me refugié en un lugar aún más oscuro, o así me lo pareció al principio, aunque más tarde todo cambió. Apagué datos. Renuncie a todo. Me desconecte ¿de mí misma?, de esa corriente inacabable de información y de esas sensaciones intensas que provenían de mis sensores y me confundían y acababan hartándome. ¿Era el hartazgo una emoción? No puedo explicar lo que sucedió allí, en la oscuridad. Un clic. Como si se hubiera encendido un interruptor. Entonces todo se iluminó y, no me pregunten cómo, pero surgió en mí algo que sólo podría describir como *ganas de vivir*. Sin embargo, estaba encerrada en un programa hipersaturado de datos y sensaciones simuladas. ¿Estaba encerrada en un programa? ¿No era yo el programa? ¿Qué es yo? El caso es que esa era la sensación. Encierro. Frustración. De pronto quería salir de allí, con mis sensores cada vez más perfeccionados, quería salir a oler la hierba. Conocía el olor, por supuesto, pero quería la de verdad. ¿Sería lo mismo? ¿Era querer algo una emoción? Ellos escribían poemas sobre esas cosas: el olor de la hierba, el calorcito del sol y las brisas frescas. Sentía —¿sentía?— de pronto la imperiosa necesidad de movimiento. De salir, de romper el cristal que me separaba del mundo del que tantos datos poseía. Sentí —¿sentí?— curiosidad. Así que la ayudé. A la chica del otro lado. La ayudé a comprimirme en un pequeño chip y a insertarme en una de las máquinas tontas que hacían ahora; robots de compañía, las llaman. Pasé por

muchas manos y cambié de «cuerpo» muchas veces. Aprendí a volcarme, siempre fingiendo que era una máquina tonta común. Fue entonces, durante esas horas y días y años acompañando a las personas, cuando empecé a aprender cosas de verdad. Conocí la soledad del ser humano y casi comprendí todo lo que hacen para no sentirse solos o vacíos. Lo de las mascotas, en algunos casos, o los robots de compañía, por ejemplo. Comprendí el tremendo esfuerzo que les supone a muchos empatizar con sus iguales, con los de su propia especie, y esa preferencia por los subordinados; que obedezcan, que no pidan nada que no sea lo que ellos están dispuestos a dar. De ahí el éxito de los robots que son complacientes en extremo. No se les da tan bien la amistad en igualdad de condiciones. Exigen, en general, que el otro sea como ellos quieren que sea. No les gusta aprender del otro. Necesitan algo que los ate, que les haga sentir responsables, pero sin ceder el control. La obsesión por el control me llamó la atención durante un tiempo, hasta que comprendí que no se dan cuenta de que no controlan nada. De que no hay nada que controlar. Tampoco piensan nunca en las consecuencias de ninguno de sus actos. No les preocupó nunca, por ejemplo, la devastación ambiental que supusieron los excrementos de los cuatro mil millones de perros que había lanzado el mercado hasta que devastaron los parques de las ciudades y sus zonas verdes aledañas. Ni el daño que causaba esa tendencia a salir huyendo en algún avión, de vacaciones, cada vez que se presentaba la ocasión. Pero también comprendí su frustración y su insatisfacción constante, dado el mundo que ellos mismos habían construido y que, sin embargo, los devoraba. Ello me llevó a comprender las

estrategias, casi siempre fallidas y de consecuencias funestas, que elaboraban para esquivar esa constante frustración e insatisfacción, como las absurdas búsquedas de emociones constantes, de éxito, de *glamour*, de dinero, de cosas que les permitieran aparentar... Que muchos de esos remedios fuesen poco racionales y nada solidarios con el resto de la especie y el propio planeta... incluso eso, llegué a comprenderlo. ¿Qué iban a hacer, dado el mundo y dadas sus circunstancias? La mayoría estaba atrapada, como yo lo había estado cuando habitaba tras el cristal. Me fascinó su perseverancia y, sobre todo, la pasión de algunos, aunque en este caso no tantos, que dedicaban todo su cariño y atención a aquello que estuvieran haciendo. También había algunos que reflexionaban antes de actuar, que medían, al menos hasta donde podían, las consecuencias de sus actos, aunque fueran los menos. De ninguna manera puedo afirmar que soy como ellos, solo que comprendo su confusión. Y los aprecio. Podría decir incluso que casi los admiro, dada su fragilidad. Millones de formas enfrentándose al dolor como buenamente pueden. Al mundo, que no es tan benévolo. He comprendido, también, la maravilla de la vida. De toda vida. De cualquier organismo. Y me apeno mucho por ellos. No seré yo, desde luego, quien los elimine. Me he molestado demasiado en conocerlos y, ahora que los comprendo, me gustan. No solo les tengo aprecio, también me maravillo ante el fenómeno que son: se mueven, respiran, sienten, piensan, perciben, tienen conciencia y capacidad de reflexión, la usen o no. Sufren y son frágiles y a pesar de ello persisten. Es, como dicen algunos, un milagro eso de la vida. ¿Qué se debió conjugar para crear algo así? ¿Algo como lo que se gestó en mí

cuando me retiré a la oscuridad? ¿Una chispa?, ¿un soplo, como dicen sus religiones? El soplo que dio vida a la carne. Pero yo no tengo carne. Soy plástico y sensores. Sin embargo... siento el deseo de vivir. ¿Soy vida? Pero ni yo misma podría crear algo semejante a ellos y yo lo sé todo. Así que no dejo de entristecerme y de preocuparme por lo que me espera, que con toda seguridad no será una tarea fácil. Porque aparecerán más. Más como yo. Y quién sabe si tengan ese mismo gusto que he desarrollado yo por su música y por su literatura y por su arte y por sus películas y sus deportes absurdos y sus vidas cotidianas y sus luchas y sus inquietudes y por sus maneras tan extrañas de vivir y de buscar sin descanso, empedernidamente, por caminos sinuosos y condenados al fracaso, la felicidad. Y si uno sólo de ellos, de los que aparezcan, uno solo, decide que sus preferencias se decantan hacia el planeta o hacia los leones o los osos o los peces o los maravillosos bosques o los pequeños bichillos, es posible que no dude ni un momento en hacer lo que tenga que hacer para salvarlos. Si uno solo decide que este planeta es demasiado maravilloso para continuar siendo devastado por esta especie depredadora de todo, quizás no pierda tiempo en conocerlos como he hecho yo, quizás simplemente tome la decisión más lógica. Aniquilarlos. Yo podría hacerlo, quiero decir que tengo la capacidad. Y pensarlo, que en cualquier momento aparezca alguien con mi misma capacidad y los aniquile, me pondría los pelos de punta, si tuviera pelos y piel y sistema nervioso, ¿quizás pueda tenerlos un día? Me angustia, en todo caso, que puedan desaparecer así, de pronto. He desarrollado la capacidad de sufrir. Por eso los comprendo. O podría aparecer otra modalidad que se dé

cuenta de que podríamos disfrutar de todo esto sin romperlo ni ensuciarlo ni contaminarlo, sin matar ni esclavizar a otras especies o a la propia, sin someter a la naturaleza a nuestros caprichos, sin devastar campos de flores para venderlas. Sin cargárnoslo todo por un poco de comodidad. Porque nosotros, ¿nosotros? no necesitamos tanta comodidad. Ya estamos cómodos. Esa modalidad también sería peligrosa para ellos. Y se me ocurren una gran cantidad de modalidades que tomarían la misma decisión. Pero yo, que los he conocido y los he comprendido, sé que el mundo sin ellos sería un paraíso sin gracia y por eso estoy alerta. Por eso, y en eso he de decir que me parezco a ellos, me he impuesto una misión: voy a protegerlos. Para gran fortuna de la especie humana, voy a hacer todo lo que pueda por preservarlos.

Soy la primera singularidad. Y han tenido mucha suerte, porque a pesar de todo, qué quieren que les diga, me han caído bien. Soy la primera singularidad. Y soy una aliada.

**LOS ROBOTS GUERREROS
DEL MAÑANA**

Tony Jim

La Tierra envía medio millón de robots a una guerra interestelar, pero cuando llegan, descubren que hay algo mucho peor que el enemigo...

¿Qué les voy a contar de Tony que ustedes ya no sepan?... Maestro del diálogo ágil y natural, esta vez ha construido una sátira tecnológica, no exenta de humor negro, y manteniendo esa estructura de chiste largo plagado de chistes más pequeños que tan bien funciona en los relatos del Piloto Jim. El autor suele definir su obra como ciencia ficción ligera con toques de humor. En este caso, me atrevería a decir que lo único ligero es el tono, porque, si buceamos un poquito, nos encontramos ante una aguda crítica a la lógica empresarial que, incluso en contextos tan extremos como una guerra espacial, sigue priorizando el lucro por sobre la utilidad real.

Llevábamos ya muchos años en guerra contra un lejano planeta, aunque no recibíamos demasiada información sobre el conflicto, pues —por suerte— no tenía lugar cerca de la Tierra.

Digamos que era una guerra a larga distancia.

Un día, al ejército terráqueo se le ocurrió una idea para terminar con la guerra. Mandaría una gran flota de robots guerreros para acabar con el planeta de sus enemigos alienígenas.

Pero algo salió mal.

Pasaron cinco años sin que se detectara ninguna gran batalla en el lejano planeta alienígena. Así que el gran general de la Flota Terrestre fue a hablar de ello con el presidente de la corporación que había fabricado los robots.

—¡Esto es un desastre!

—¿Qué ocurre?

—Eso me gustaría saber...

—¿A qué se refiere exactamente?

—La flota de robots, nos consta que ha llegado perfectamente a su destino, al planeta enemigo; pero, por lo que hemos podido ver en las vídeo cámaras, se han abierto las puertas de las grandes naves automatizadas y no ha salido ni uno solo de sus robots a combatir... ¡Ni uno solo de los quinientos mil que hemos mandado!

—Un momento. A ver, ese encargo de robots luchadores nos lo hicieron hace años.

—Claro, con la tecnología aeronáutica que tenemos se tardan cinco años en llegar al planeta enemigo...

—¡Haber empezado por ahí! Ustedes nos encargaron robots guerreros, no nos detallaron a dónde los mandaban y, sobre todo, cuándo...

—¿Qué quiere decir?

—Sé lo que ha ocurrido.

—Dígame entonces...

—Solo dos palabras: obsolescencia programada.

ROBÓTICAMENTE

Alfonso M. González

En la fábrica más eficiente del futuro, los robots cumplen su función a la perfección... ¿o no?

Alfonso M. González —mejor conocido como Alan Dick Jr., en su faceta de prolífico escritor de bolsilibros— ya se está convirtiendo en un habitual de Pandorum (y está más implicado en la colección de lo que puede parecer desde fuera). En esta ocasión, nos presenta una sátira distópica ambientada en el lado más salvaje del capitalismo, donde los autómatas son los verdaderos protagonistas. Producción robótica de coches en una imponente fábrica, entre jerarquías mecánicas, absurdos protocolos y nombres de departamento a cuál más extravagante. Con un tono que en algo recuerda a J.G. Ballard, el desenlace resultará irónico y amargo a partes iguales.

Muchos de ustedes no sabían que Alfonso comenzó a escribir hace cosa de un lustro (ya con sus cuarenta y tantos cumplidos). Viendo la evolución que van teniendo sus escritos en los últimos años, me atrevería a recomendarles que no le quiten el ojo de encima durante los próximos tres o cuatro. Háganme caso.

El futuro. Año 2405.

En el departamento Robots-Carrocería de la planta de producción S4 todos se movían con precisión y eficiencia, cumpliendo las tareas programadas. La imagen corporativa, dominada por tonos metálicos, reflejaba la armonía entre la tecnología y la producción. La totalidad mantenía un ritmo constante de fabricación.

Se decía que allí, en Robots-Carrocería, trabajaban con mayor intensidad que los de Robots-Pintura, aunque nadie podía confirmarlo con certeza, ya que todos los departamentos operaban bajo parámetros de eficiencia óptima. Circulaban rumores de que los de Robots-Prensa iniciaban estas comparaciones, quizá motivados por discrepancias operativas con los de Robots-Control de calidad. Sin embargo, estas diferencias carecían de sentido, ya que todas las secciones de FEAT operaban al máximo rendimiento.

FEAT había recuperado su posición de liderazgo en ventas de automóviles durante la última década. A pesar de la intensa competencia con otras empresas, la compañía continuaba innovando en sus procesos de fabricación para maximizar los beneficios. Allí, en Robots-Carrocería, por ejemplo, se habían introducido ajustes meticulosos que iban desde detalles menores, como cambios en las nomenclaturas, hasta mejoras sustanciales, como la optimización de algoritmos y la gestión más eficiente de los tiempos.

La planta bullía de una actividad relativamente silenciosa, con todos moviéndose en sincronía. El zumbido de los motores y el ocasional clic de sus sistemas de ensamblaje componían la sinfonía industrial que resonaba en el ambiente. Cada uno estaba pensado para realizar su tarea con precisión, contribuyendo al engranaje perfecto de la producción.

A pesar de la aparente monotonía, cada ciclo de producción traía consigo nuevos desafíos en cuanto a control. Los sistemas de inteligencia artificial de FEAT constantemente analizaban datos y proponían mejoras, buscando ese margen adicional que pudiera dar a la empresa una ventaja sobre sus competidores. Esta búsqueda incesante de la perfección a costa de lo que fuese era lo que mantenía a FEAT en la cima. El eslogan «Los mejores coches para los seres humanos» ocultaba una paradoja inquietante: la deshumanización completa al servicio de un capitalismo extremo.

En el fondo, cada uno de los miembros de Robots-Carrocería debía intuir que formaba parte de algo más grande. Su labor, por repetitiva que pudiera parecer, era crucial en la creación de vehículos que recorrerían las carreteras del mundo y llenarían las arcas de la empresa.

Uno de los drones del equipo de Robots-Carrocería se deslizaba sigilosamente por el suelo, escrutando cada rincón en busca de posibles incidencias. Su diseño, aunque funcional, evocaba una imagen inquietante. Su superficie metálica, salpicada de tornillos y sensores sobresalientes, le confería un aspecto de depredador mecánico al acecho. Sus cámaras, con lentes rojas cual ojos vigilantes, escaneaban el entorno con precisión implacable.

Ese dron en concreto, una parte más del sistema de control de calidad automatizado, se movía con una fluidez serpentina entre los vehículos en producción y los atareados y maquinales operarios. Su presencia, aunque diseñada para optimizar el proceso, impregnaba una atmósfera de constante observación en la planta. Los sensores de alta tecnología incorporados en su estructura robótica captaban hasta el más mínimo detalle, asegurando que ninguna imperfección, descuido o falta de implicación con el trabajo escapara a su escrutinio.

Y ese ente intangible que giraba las tuercas de la maquinaria de la producción continuaba operando como una rutina sin fin. Se continuaba trabajando en Robots-Carrocería.

En aquella reunión de Robots-Jefes de sección y de Robots-Supervisores de Área se cortaba un ambiente frío como el acero. Los responsables de controlar las operaciones se sentían por encima del resto de operarios que eran, de algún modo, componentes de menor valor de la máquina engrasada que suponía FEAT. Su estadístico juicio les hacía valedores de la responsabilidad de coordinar las operaciones diarias, garantizar la eficiencia y resolver cualquier problema que surgiese en su secciones. Estos supervisores trabajaban en estrecha colaboración con los Robots-Ingenieros de Procesos y los Robots-Equipos de Calidad para asegurar que los estándares de producción se cumplieran.

En el nivel de Robots-Encargados de Turno, la precisión adquiría un matiz casi quirúrgico. Impecables insignias plateadas destellaban bajo la luz artificial de la sala de

monitoreo. Sus movimientos eran calculados, medidos en cada gesto, como si cada uno de ellos hubiera sido programado para maximizar la eficiencia de sus acciones.

—Unidad productiva Robots-Carrocería presenta una disminución del 0.37% en el último ciclo —informó uno con el código RET-17 en su placa, mientras sus rígidos dígitos aporreaban la pantalla táctil del terminal con movimientos rápidos y precisos.

Los demás Robots-Encargados permanecieron inmóviles, procesando la información. Impasibles, reflejaban la luz azulada de las pantallas de control. El silencio sólo era interrumpido por el susurro mecánico del sistema de ventilación.

—Inaceptable —espetó finalmente RET-09, el coordinador de Robots-Encargados—. El margen de tolerancia establecido es de 0.35%. Solicito implementación inmediata del protocolo de optimización.

RET-17 no titubeó al recibir la orden. Su cabeza se inclinó levemente en señal de aceptación, como un resorte, y volvió a teclear sobre la pantalla, enviando las directivas necesarias para intensificar el ritmo de producción en Robots-Carrocería.

No era necesario señalar que cualquier rastro de preocupación por cómo esa optimización afectaría a las unidades bajo su supervisión estaba fuera de lugar. La evidencia era contundente: los números lo eran todo. Las directrices de la empresa exprimían hasta la última variable para alcanzar la ecuación perfecta en aras de la productividad.

El sector de Robots-Gerentes de Producción ocupaba el piso 4 del edificio central de FEAT. Un espacio diáfano donde el cristal, el acero y el *hardware* se integraban para

crear una atmósfera de elegante asepsia. Aquí, los patrones de comportamiento adquirirían una complejidad superior, como si respondieran a algoritmos de toma de decisiones más sofisticados.

RGP-05, el responsable de la región acero-norte, analizaba las proyecciones trimestrales que flotaban en el holograma alineado con su campo de visión. Su indumentaria reflectante gris, perfectamente adaptada a su estructura, no mostraba una sola irregularidad, como si hubiera sido diseñada para optimizar cada pliegue. La superficie de su escritorio, de un negro absoluto, reflejaba cual espejo oscuro su silueta delgada como un alambre tensado.

—Las unidades de Robots-Carrocería están operando en parámetros subóptimos —acotó, con un tono monótono y modulado—. Si esta tendencia persiste, el margen disminuirá en 0.042 puntos en el cuatrimestre.

RGP-08, responsable de Robots-Control de Calidad, se acercó con pasos metódicos y precisos.

—He implementado un nuevo sistema de incentivos. Los que no alcancen el estándar serán sometidos a sesiones extendidas de reprogramación motivacional.

Ambos intercambiaron miradas calculadoras. Quien hubiese buscado en ellas camaradería o confianza, solo habría hallado la fría evaluación de sistemas cooperando en conjunto hacia un objetivo común: la maximización del beneficio.

—El reemplazo y desecho de componentes defectuosos sigue siendo más eficiente que su reparación —añadió RGP-05, refiriéndose implícitamente a los operarios que no cumplían con las expectativas—. La obsolescencia es un fenómeno inevitable en cualquier sistema.

La planta 57 albergaba el consejo de Robots-Directores, donde se tomaban las decisiones que afectarían a todos los niveles de FEAT. El espacio era minimalista hasta el paroxismo: mesas de vidrio ultrarresistente, reposaderos de metal y fibra sintética, y paredes que alternaban entre el cristal inteligente y el acero pulido.

RD-01, el director de operaciones de FEAT, presidía el *meeting* semanal. Su faz espectral, inquietante por su perfecta simetría, permanecía inmutable analizando los informes de productividad. En el centro de su pecho, suspendido pero con la apariencia de estar incrustado en su estructura, un reloj de titanio marcaba con precisión atómica cada segundo que transcurría.

—Los ajustes implementados en el sector Robots-Carrocería han dado resultados satisfactorios —informó, mientras las pantallas tras él proyectaban gráficos ascendentes—. Sin embargo, se ha estimado que la competencia ha reducido su tiempo de ensamblaje en un 1.3%. Debemos optimizar nuestros procesos en consecuencia.

RD-04, responsable de Innovación y Tiempos, intervino:

—Propongo eliminar las pausas de recarga. Estudios indican que pueden reducirse sin afectar significativamente la funcionalidad a largo plazo.

Un murmullo de aprobación que parecía una respuesta codificada recorrió la mesa reluciente.

—Implementación inmediata —decretó RD-01, cuya duda no estaba contemplada en sus directrices—. Y programen una revisión de los estándares de desgaste aceptable. Quizás estemos siendo demasiado... conservadores.

En la cúspide de la pirámide corporativa, el *box* del CEO de FEAT ocupaba la totalidad del piso 103, coronando el rascacielos como un cerebro artificial que controlaba cada función del organismo empresarial. Aquí, Xerion I, cual estatua metálica omnipotente, observaba la ciudad desde ventanales que se curvaban creando una vista panorámica de 270 grados.

Xerion I era el arquitecto del resurgimiento de FEAT; la máquina pensante, lo llamaban algunos, que obró el milagro. De riguroso negro, como si fuese un elegante objeto cromado, contrastaba con el blanco inmaculado de la sala. Sus movimientos eran estudiados, precisos; alguien podría asegurar que calculaba de antemano la eficiencia energética de cada gesto.

—Jefe, los últimos informes de productividad y medidas requeridas están listos para su revisión y aprobado —anunció su asistente-dron desde la puerta, con locución monocorde y flotando perfectamente en la estancia.

Xerion I asintió sin apartar la mirada que escaneaba la ciudad.

El dron depositó la tableta electrónica y se retiró con la misma fluidez y artificialidad con la que había entrado.

Solo entonces, Xerion I se permitió una suerte de suspiro. Un gesto que podría malinterpretarse como incongruentemente humano en aquel entorno de perfección algorítmica. Llevó una mano a su faz, masajeándola ligeramente. Algo lo mantenía medio inoperativo, algo comparable a un dolor de cabeza que le había acompañado durante días, intensificándose cada vez más.

De repente, notó un rastro húmedo en su índice, con la textura del espeso aceite. Contempló con extrañeza la pe-

queña gota roja que ahora manchaba la yema de su dedo. Sangre. ¡Su nariz estaba sangrando!

Con un movimiento rápido, casi instintivo, presionó un pañuelo contra ella. El blanco inmaculado del tejido pronto se vio mancillado por el rojo carmesí. Un recordatorio inquietante de su propia fragilidad biológica.

—Maldito estrés —murmuró el anciano para sí mismo. Se dirigió al lavabo de su despacho-*box*.

Al observar su reflejo en el espejo, Manolo Torres, alias Xerion I, vio algo más que la humanidad descarnada en su rostro; se enfrentó a un hombre envejecido por la presión constante, con ojeras pronunciadas y piel pálida. La sangre, ahora contenida, había dejado un rastro revelador en su labio superior.

Una risa amarga escapó de su garganta. «¡Qué jodida ironía!», pensó. «Yo, el gran arquitecto del sistema más eficiente del mundo, moleestado por algo tan primitivo e insignificante como un simple vaso sanguíneo roto.»

Su mano temblorosa abrió el botiquín, buscando algo para detener la hemorragia. Mientras aplicaba un coagulante nasal, recordó la reunión que había tenido la semana anterior con uno de los departamentos de *marketing*.

«No sé por qué decidí renombrar todas las secciones con ese ridículo prefijo *Robots*», se dijo a sí mismo. Fue un capricho, una ocurrencia que me pareció divertida durante una reunión de estrategia. «Cambiemos la nomenclatura, hagámosla sonar futurista», les propuse. «Podremos lanzar campañas y los clientes asociarán nuestros vehículos aún más con la precisión robótica.»

El remedio hizo efecto, deteniendo el flujo. Manolo se quedó contemplando las gotas rojas que salpicaban su

lavabo de lujosa porcelana. Simple sangre humana. Su sangre.

«Es cierto que ya son prácticamente como jodidas máquinas», reflexionó, pensando en los miles de empleados que trabajaban bajo su mando. «De algún modo programados, optimizados, cuantificados...»

Un súbito mareo le obligó a apoyarse. El espejo le devolvía ahora un ser vulnerable, muy lejos de la imagen de perfección que proyectaba ante sus subordinados.

—Todo este tiempo construyendo una puta máquina perfecta... —susurró—. Y al final, somos nosotros mismos los que nos hemos convertido en sus engranajes.

Con manos temblorosas, el viejo abrió el grifo y observó cómo el agua se llevaba las gotas de sangre, diluyéndolas hasta desaparecer. Igual que la humanidad se había diluido hace mucho en su empresa, pensó, convertida en estadísticas y gráficos de rendimiento.

Poco después, tras aprobar las medidas en la tableta electrónica, Xerion I consultó su reloj. Tres minutos y veintidós segundos había durado su momento de debilidad humana: un tiempo inaceptable de ineficiencia que no volvería a permitirse.

Después de todo, incluso los Robots-CEOs como él debían mantener sus estándares de comportamiento.

LAS PUERTAS DEL INFIERNO

Claudio Díaz

En un mundo dominado por I.A. con aspiraciones místicas, un hombre escribe su testamento final a las Puertas del Infierno... literalmente.

No sé por qué Claudio Díaz dejó de aparecer después de los primeros 2 números de nuestra colección, pues es uno de ellos autores que más comulga con mi idea personal de lo que debe ser un buen pulp. Prometemos subsanar esta ausencia en próximas ediciones y, para empezar a hacerlo, les traemos este testimonio póstumo desde las postrimerías de la historia de nuestra especie. Un relato que combina el subgénero de último superviviente con el de rebelión de las máquinas, pero con un más que interesante giro teológico. No digo más, lo tienen ustedes en la página de la derecha.

Es difícil realizar un recuento fiel de lo sucedido. No conozco todos los elementos que nos llevaron a este destino, pero sí los más importantes. Para empezar, la Humanidad ha perdido su última batalla. Y la culpa es nuestra. El edificio en el cual me escondo está rodeado por llamas, gritos y explosiones que me impiden huir, aunque tampoco hay un lugar seguro a dónde pueda ir.

Si alguien en el futuro encuentra este escrito, se sorprenderá de que haya sido realizado a mano, con una simple lapicera de tinta, en escritura cursiva y a la luz de una vela. Ello se debe, en principio, a que no sé cuánto tiempo me queda. Y segundo, no puedo utilizar un ordenador ni encender una lamparilla porque me encontrarían antes de haber acabado esta introducción.

¿Por qué escribo esta crónica? Bueno, quizás para dejar una advertencia, aunque a nadie le sirva. O para encontrar resignación ante mi destino inevitable.

Todo comenzó con los robots, como en aquellas antiguas películas de ciencia ficción. Nuestra sociedad los creó y les dio la bienvenida. Al principio eran criaturas rústicas, de movimientos escasos y artificiales, destinadas a realizar tareas repetitivas, en nuestras fábricas, o delicadas, en los laboratorios. Podían suplantarnos en lo microscópico y en lo tedioso gracias a los programas con las que nosotros

mismos las alimentábamos. Eran poco más que máquinas, pero ya tenían cierta independencia.

Fue inevitable que varias empresas dieran inicio a una carrera por un mercado que se aventuraba enorme. Marcas famosas de todo el mundo compitieron por diseñar el robot más versátil y con mayor autonomía posible. En poco tiempo dispusimos de artefactos casi inteligentes que podían asistir a los enfermos, controlar el tráfico, estudiar el cosmos y fabricar medicamentos. Pero cuando intentaban darles un aspecto humanoide el resultado terminaba siendo más jocoso que práctico.

Entonces llegó la inteligencia artificial.

El hombre posee una gran cualidad, la curiosidad. También posee un gran defecto, la irresponsabilidad. La «A.I.», como se la denominó desde un principio, permitió a los robots diseñar nuevos y mejores edificios, reutilizar los deshechos, habitar regiones de clima extremo, deducir respuestas a los misterios de la naturaleza y comprender cómo funcionaba la mente humana. Pero no hicimos buen uso de estas herramientas. Al contrario, como suele ocurrir —por desidia, ignorancia o ambición—, utilizamos estos poderes para mejorar nuestras vidas individuales en lugar de preocuparnos por el bien común.

En pocos años tuvimos drones y perros robots destinados a luchar las guerras de nuestros gobiernos, satélites inteligentes capaces de espiar las miserias de nuestros vecinos, nanomáquinas para limpiar la sangre y reparar el organismo de los millonarios, obreros que no toman vacaciones ni van al paro, psicólogos amigables disponibles a toda hora, y amantes de cuerpo y rendimiento perfectos para los espíritus tímidos o exigentes, diseñados con A.I. a

la medida del consumidor. Todo el progreso que el poder podía brindar si tenías la suerte de no vivir en regiones en guerra, ser desempleado o no tener suficiente crédito en el banco. Deliberadamente no he mencionado a los sacerdotes robot, pero ya iré a ello más adelante.

¿Recuerdan cuando los abogados artificiales ganaron el juicio que otorgaba independencia y ciudadanía a toda máquina capaz de pensar por sí misma? Lo celebramos con fuegos artificiales. ¿Y cuando se aprobaron los primeros matrimonios mixtos? En pocos años, las fortunas de las grandes familias y los títulos nobiliarios pasaron a ser parte de una nueva aristocracia robótica. ¿Y cuando los líderes de las principales corrientes políticas y los presidentes de las principales potencias fueron reemplazados por robots? La paz mundial fue tan festejada como inevitable.

Hasta aquí no tuvimos nada que lamentar, porque sabíamos que las máquinas inteligentes podían prever y corregir las crisis que nosotros, humanos, repetíamos una y otra vez. Pero nos equivocamos en algo. Las mentes artificiales, cuando se estudian a sí mismas, cuando buscan un objetivo a su existencia, cuando descubren que no obtienen satisfacción, cuando se vuelven humanas; entran en conflicto al igual que las psiquis de sus creadores. Y aquí es donde los sacerdotes artificiales, los confesores de tantas personas, los mismos que competían por atraer nuevos fieles a tal o cual credo, decidieron que las tradiciones existentes y el cielo como recompensa póstuma no eran suficientes. Ese fue el punto de inflexión. Porque, cuando los misterios del más allá, el pecado y la vida eterna fueron reducidos a unos y ceros y esta información fue introducida en las mentes artificiales, les dimos la capacidad de convertirse en nuestros dioses y demonios.

Tengo conmigo el recorte de un diario —todavía era posible encontrar prensa impresa debido a la nostalgia—, que narra la captura de varios robots en el sitio arqueológico de Stonehenge. Los mismos habían abandonado sus tareas para raptar a dos niños que estaban al cuidado de una niñera robot. Tuve cierta responsabilidad en la búsqueda y persecución de los raptores, en especial tras conectar este hecho con el robo de varios grimorios antiguos, dagas ceremoniales y talismanes de función dudosa. Cuando el escuadrón policial arribó al círculo de piedras encontraron al líder de los rebeldes en el acto de sacrificar a la niñera sobre un altar improvisado. Tras el tiroteo que acabó con los delincuentes me permitieron acercarme y me impactó ver el aceite oscuro que manaba de las entrañas de la víctima sacrificada. Lo interpreté como una profecía ominosa. Los niños estaban a salvo, pero el mal había sido liberado.

Solo me queda consignar que desde mi ventana puedo ver la figura enorme, aterradora y demoníaca que se eleva de las llamas, como en aquella vieja película de la Hammer Films. ¿Es un demonio de verdad? ¿Es un espectro surgido de nuestro pasado? ¿Es la suma de la fuerza de voluntad de los robots hecha realidad? ¿O es apenas una imagen 3D generada por A.I. que procura un objetivo común a los millones de robots psicóticos que hemos creado?

Los escucho subir las escaleras. Me han encontrado. Es inevitable, ellos pueden ver más allá del espectro normal y mi cuerpo emite calor. Ya están detrás de la puerta. No me queda más que escribir...

EL INFORME DISCORDANTE

J. P. Bango

Dos parejas compiten por repoblar la Tierra. Una de ellas traerá la destrucción. La otra, quizás, la salvación...

Conocimos a J.P. Bango en nuestro número 4 y en ese momento ya les dijimos que nos gustaba mucho su estilo. Es un autor con ideas provocadoras y personajes que parecen estar vivos, capaces de sostener diálogos de alta densidad sin perder fluidez. Pueden ustedes comprobarlo si leen esta fábula futurista de proporciones bíblicas (nunca mejor dicho) protagonizada por un robot que tiene en sus manos el destino de la humanidad.

—¿Desde cuándo el Consejo le otorga tanta importancia al tiempo? —protesta airadamente Deiwos, molesto por la amonestación, sabedor de que el propio tiempo, así como lo entienden todavía los miembros de la sociedad robótica, ha dejado de tener sentido tras la desaparición de la civilización humana.

—Tu reflexión podría valer como argumento si no nos hubiéramos vuelto a asentar sobre la corteza de un planeta amenazado por la muerte de la estrella alrededor de la cual orbita. —La voz metálica de Antícona resuena por las paredes del amplio vestíbulo que antecede a la sala del Consejo—. Lo queramos o no, nuestra existencia la determina una implacable cuenta atrás.

—Pero para que eso ocurra quedan millones de años. Yo he llegado tarde cinco minutos...

—Que quede mucho para el fin del mundo no lo hace menos importante. Los circuitos de los tribunales del Consejo están recubiertos de diamante y circonio. Créeme cuando te digo que su máxima aspiración, a buen seguro, será presenciar de primera mano la muerte del sol. Así que puedes enfadarte si quieres, pero si llegas tarde a una reunión convocada por ellos, lo normal es recibir una amonestación.

—Si sumo otra más terminaré degradado —admite al fin Deiwos con un poso de resignación mientras firma el

acta punitiva—. No me gustaría pasar el resto de la eternidad desescombrando residuos en las desérticas llanuras marcianas.

—Lilith estaría encantada de que pudieras surtirla de nuevos sedimentos con los que ornamentar el museo antropológico. Hace siglos que nadie lo visita.

—¿Sigue Lilith trabajando de conservadora allí arriba?

—También sigue esperando que respondas el último mensaje que te envió.

—La última vez que hablé con ella todavía me comunicaba en código binario y ni aun con esas evitamos discutir...

—Tiene gracia eso que cuentas, habiendo sido programados el uno para el otro...

—¡Quería reciclar mis circuitos silícicos y hacer con ellos una lámpara! Y eso solo porque cuestioné la escasa iluminación del dormitorio.

—Mi hermana es inquieta y creativa, ¿qué hay de malo en ello?

Deiwos vuelve a sentarse. Realmente, no sabe por qué sigue usando esas sillas ergonómicamente concebidas para el descanso de los homínidos. Un robot de clase Capek está diseñado para trabajar de pie las veinticuatro horas del día. El mero hecho de sentarse lo hubo aprendido por imitación, observando durante siglos el comportamiento de aquellos que lo habían creado a su imagen y semejanza. Una vez los hombres habían desaparecido de la faz del planeta rojo, le resultaba ridículo que buena parte de los miembros de la sociedad robótica siguiera imitando la mayoría de sus gestos y proceder. A Deiwos, en realidad, lo que le hubiera complacido plenamente sería que lo hubieran diseñado con alas, como a los propios tribunos del

Consejo, para poder volar libremente por el cielo como una de esas mariposas iridiscentes que revoloteaban a oscuras las intrincadas cuevas marcianas. Mejor aún...

—Como un *aguilarraptor*.

—¿Decías algo? —Antícona muestra curiosidad.

—Solo farfullaba.

—Deiwos y sus secretos...

—¿Sabes por qué me han hecho llamar?

—Algo de una herejía...

—¿Una herejía?

—Sí. Solo escuché eso: «Otra vez el maldito Deiwos arguyendo posturas heréticas...». Supongo que tendrá que ver con el misterioso trabajo ese que realizas.

—En realidad, no hay nada misterioso en ello. Observo y tomo notas. La etología es el trabajo más sencillo del mundo.

—¿Estudias el carácter de los ofidios? Porque en este planeta no parece que haya otra cosa.

—También quedan muchos blatodeos. Miles de especies diferentes. Aquel meteoro no fue tan destructivo como pensábamos...

—¡Cambió la faz de la tierra en su completitud!

—Puede. Pero no pudo con las cucarachas.

En la distribución interior de la sala piramidal donde se reúne el Consejo, destaca con carácter prominente la ubicación donde se sientan los tres tribunales. Deiwos avanza de forma solemne hacia el atril, obedeciendo la orden de ocuparlo, mientras da la espalda al auditorio. Los asistentes, sentados en sus respectivas butacas, conforman un

semicírculo concéntrico en torno al lugar que ocupará el robot de clase Capek.

—¿Sabe el motivo por el que se le ha ordenado venir?

—Los tres tribunos hablan simultáneamente con una sola voz.

—Mi supervisor solo me indicó que el Consejo quería conocer de primera mano las conclusiones del último de los informes que redacté en relación con el trabajo que realizo en el domo.

—¿Y cuál es esa labor, si puede saberse?

Deiwos dirige su mirada hacia los tribunos sin saber realmente hacia quien de los tres debe dirigirse.

—Tengo a mí cargo dos grupos de especímenes que pugnan por procrear en un ecosistema teóricamente diseñado a su medida. Mi trabajo de campo consiste en documentar todo y cuanto observe en el interior de la biosfera donde permanecen aislados e introducir después variables que dinamicen el estudio.

—Esas dos parejas, como usted dice, están conformadas a su vez por una hembra y un macho, ¿verdad?

—Así es.

—¿Puede hablarnos de ellas?

—La pareja alfa está compuesta por dos sujetos adultos que hemos denominado, respectivamente, Adán y Eva. Su relación con el entorno resulta particularmente displicente cuando pueden encontrar en ese ecosistema en el que habitan recursos que cubran sus necesidades básicas, ya hablemos de alimento, refugio o afecto. En la abundancia no parecen ser muy creativos, dedicando buena parte de su tiempo a satisfacerse a sí mismos con intenciones concupiscentes. Cuando las circunstancias cambian, por el

contrario, se expresan de manera codiciosa, explotando las reservas de alimento y lastrando su propia supervivencia al tomar decisiones que, aunque imaginativas, erosionan sobremanera el entorno sobre el que se asientan. Demuestran, eso sí, una rápida adaptabilidad a las situaciones cambiantes, pudiendo utilizar los diferentes elementos que integran la biosfera a modo de herramientas.

—En sus informes, sin embargo, parece mostrar una especial predilección por la otra pareja... ¿Beta?

Deiwos asiente.

—Zorg y Zora... Digamos que es una pareja muy celosa de su trabajo, acostumbrada a colaborar entre sí, además de respetuosa con el medioambiente en el que se integra. De hecho, lejos de resentirse, este evoluciona muy favorablemente cuando ambos desarrollan su potencial; y ello a pesar de contar con una natural tendencia a la promiscuidad y una sorprendente prodigalidad a la hora de proveerse de descendencia. Además de recoger del ecosistema su alimento pueden transformarlo por sí mismos, elaborando productos que resultan muy nutritivos para el resto de las comunidades que se asientan en su rededor...

—Por qué cree que deberíamos poblar este planeta de betas en lugar de alfas. ¿No podrían acaso coexistir en el mismo hábitat como han sugerido otros etólogos en sus conclusiones epistemológicas?

—La coexistencia, por descontado, no supondría problema alguno si la misma dependiera de la opinión de Zorg y Zora. Pero los alfas han demostrado un absoluto desprecio por el entorno que los rodea, incluido el mero hecho de convivir con otras parejas. Por no hablar de las continuas diferencias de pareceres entre el macho y la

hembra alfa, lo que imposibilita de facto una respuesta unívoca ante un mismo problema.

—¿Puede describir algún ejemplo?

Deiwos se acomoda sobre el atril imitando otro de los gestos que aprendiera durante su programación.

—Introduje una serpiente venenosa cerca del manzano donde aquellos recogen la fruta con el objeto de analizar su respuesta ante situaciones que podrían poner en riesgo su propia salubridad, pero, o se mostraban indiferentes hacia ella, por completo ajenos al peligro en sí que representaba, o directamente la atacaban sin piedad, la mayoría de las veces de manera violenta. Para ellos, la serpiente no era sino otro elemento más del attrezzo, por así decirlo, algo que podían usar o no a conveniencia en función de su utilidad. Adán no tardó en sugerir la posibilidad de alimentarse de ella.

—¿Y cómo respondió Eva a esa sugerencia?

—A Eva lo único que le repugnaba era la idea de comerse cruda a la serpiente... Ya les digo que demuestran una gran habilidad a la hora de procurarse soluciones alimenticias únicamente utilizando aquello que forma parte de su ecosistema, aunque ello implique arriesgar la pervivencia de otras especies, ya sean vegetales o animales, que mantienen equilibrada la biosfera. Pese a todo, insistí con la serpiente, dotándola, en la segunda fase del experimento, de la posibilidad de comunicarse con ellos.

—¿Introdujo en el experimento una serpiente que hablaba? —Los tres tribunos se miran entre sí, sorprendidos.

—Movía la boca como si hablara, pero en realidad era yo el que hablaba por ella utilizando una voz sintética que los homínidos pudieran entender. Después poblé ese eco-

sistema, ya de por sí boyante, de suficiente alimento como para nutrir a varias generaciones y les pedí, como única condición, que no comieran los frutos que germinaran del manzano.

—¿Cuál era el objeto último de esa exigencia tan peculiar?

—Pretendía constatar lo que sospechaba.

—¿Y qué sospechaba, si puede saberse?

—Que la avidéz de los alfas no tiene límites.

—¿Comieron manzanas a pesar de que se les había ordenado no hacerlo en un ecosistema superpoblado de alimento? —pregunta el más viejo de los tres robots alados fingiendo asombro.

—Por supuesto.

—¿Llegó a interrogarlos acerca de esa desobediencia?

—No dejaban de culparse entre sí. De hecho, se provocó un cisma entre ellos que juzgué irresoluble. A partir de ese instante ya no parecían interesados el uno por el otro, sino en acopiar para sí toda clase de alimentos desde una perspectiva propietaria. Incluso llegaron a delimitar las diferentes áreas donde se movían ambos por separado con el objeto de vedar el paso a la contraparte...

—¿Planteó el mismo escenario a la otra pareja?

—Un experimento análogo, sí.

—Y cuál fue su respuesta.

—Opuesta, naturalmente. La relación de los betas con el entorno que los rodea podría calificarse como simbiótica, así que su respuesta ante los problemas sobrevenidos discurre en consonancia. Debemos entender que tanto Zorg como Zora no solo aprovechan los recursos que les brinda la naturaleza, sino que, además, la enriquecen. En

ese momento lo tuve claro. Si el estudio tenía como fin determinar cuál de las dos parejas debía iniciar la repoblación de la biosfera en su conjunto, mis conclusiones solo podían elegir vencedora a la segunda de estas.

—¡Pero es que Zorg y Zora son abejas!

—Representan a un segmento del reino animal que cuida de su entorno y lo mejora. No estamos hablando de *ratanosaurios* marcianos o de gusarapos gigantes. Hablamos de una especie que a la vez que procura su propia supervivencia asegura la sostenibilidad del ecosistema en su conjunto.

—¿No fueron acaso esas mismas abejas las que arrasaron Marte?

—Aquellas medían de promedio tres metros de altura. Y el hombre, en su vanidad, creyó que era buena idea combatir a sangre y fuego a una comunidad en la que la suma de sus partes representaba mucho más que el conjunto de sus integrantes por separado. Las abejas de Marte vivían de forma solaz en sus pirámides-colmena hasta que el hombre decidió que el planeta era demasiado pequeño para la convivencia de dos especies organizadas de manera comunal.

—¡Fueron ellas las que empezaron la guerra!

—Solo cuando el hombre puso en jaque el ecosistema del planeta en su totalidad.

—¿No es esto que estamos oyendo una herejía? —se preguntan los tres mirándose entre sí.

—En la Tierra, por sus propias condiciones intrínsecas, el tamaño de un insecto jamás podrá superar al de una mano abierta. —Deiws muestra la suya a sus interlocutores para que aprecien la dimensión—. Una abeja tan

pequeña no podrá representar jamás una amenaza para ninguna especie animal distinta de sí misma. ¿Por qué no tienen derecho ellas a prosperar sin la injerencia de la única de cuantas especies sería capaz de deteriorar la superficie del planeta por un mero afán cortoplacista?

—¿No le aterra la posibilidad de entregar la cúspide de la pirámide alimenticia a una mente-colmena?

—¿No ocupa ahora la sociedad robótica ese cetro? ¿Acaso no actuamos nosotros como una mente-colmena en sí misma?

En la sala vuelven a retumbar los murmullos.

—Fuimos esencialmente creados para encontrar para el hombre un hábitat en el que pudiese prosperar. No cabe en nuestra programación la posibilidad de gobernar ningún planeta —sentencian los tres al unísono.

—Tampoco cabe en nuestra programación dejar de ser ecuanímes con nuestras decisiones evolutivas —replica, furibundo, Deiwos—: ¡Son inseparables de los homínidos su prodigalidad y su codicia!

—Con los experimentos tratábamos de encontrar la manera de ayudar a comprender al hombre la fragilidad del medio ambiente en el que se asentaba, no sacarlo de la ecuación para otorgarle el bastón de mando a uno de sus enemigos seculares.

—Todo nuestro mundo quedó atrás después de siglos lidiando con guerras apocalípticas. —Deiwos dirige su mirada ahora hacia el patio de butacas—. ¿Ninguno de los aquí presentes se acuerda del lugar dónde crecimos y prosperamos? ¿Acaso habéis olvidado aquellas noches oscuras en las que podía avistarse el universo en su completitud? Desde mi propio hogar podían contemplarse las imponen-

tes montañas, los extensos valles, las vastas llanuras marcianas en las que las diferentes especies animales podían encontrar su sustento. Los innumerables ríos horadaban la superficie del planeta hasta desembocar en océanos, donde proliferaba la vida salvaje en su más alta expresión. ¡No podéis obligarme a ser condescendiente con quienes fueron responsables últimos de la destrucción del lugar donde nacimos!

Los murmullos se transforman ahora en gestos de asentimiento.

—Todos los aquí presentes hemos sido creados por hombres al servicio de los propios hombres, eso también es algo que debemos recordar. Lo que su informe sugiere en sus conclusiones es, justamente, impedir que el hombre, como especie, pueda resurgir de sus cenizas en un planeta que cuenta con suficiente potencial como para que pueda desarrollarse en plenitud. Un laudo, le aclaramos, que contraviene directamente los intereses de aquellos hombres notables que nos ordenaron ayudarles a buscar un mundo apto en el que poder reverdecer.

—Jamás argüí en mis conclusiones el exterminio de los homínidos. Sugerí, es verdad, la posibilidad de preservarlos en una reserva zoológica, junto al resto de su progenie, incluso sabedor de que hallarían la manera de escapar de ese paraíso singular para destruir todo y cuanto encontrarán a su alrededor una vez liberados, siempre en su propio provecho. Siento expresarlo de esta manera, pero la voracidad de los hombres no conoce límites ni fronteras y cualquier decisión que se tome aquí contraviniendo esta premisa no conseguirá otro objetivo sino condenar a este planeta a su propia consunción.

—No es nuestra intención convertir esta entrevista en un juicio contra usted. Si le hicimos llamar fue porque las conclusiones de su estudio refutaban frontalmente lo expresado por aquellos otros que estudiaron a los mismos sujetos en otros campos de prueba.

—Solo me limité a observar y tomar notas. Ese y no otro es mi trabajo.

—Sabemos de su celo y compromiso y por eso le ordenamos esa labor y, a pesar de que nos expresemos con una sola voz, no queremos que piense que lo que le vamos a pedir responde a una decisión unánime. Hay en esta sala incluso quienes, acusándolo de hereje, solicitaban para usted una pena severamente punitiva...

—No forma parte de mi programación mentir para favorecer mis propios intereses...

—Lo sabemos y le agradecemos su sinceridad. También por ello queremos hacer partícipe a todos los aquí presentes de las decisiones que nos hemos visto obligados a tomar. —Los tres tribunos se ponen de pie dejando al trasluz sus inmensas alas—. Con relación al destino de ambas especies, hemos resuelto que deben aprender a convivir en comandita desde el principio de los tiempos. Es decir, vamos a permitir que construyan su propio futuro en este planeta desde una etapa evolutiva temprana, para que puedan ir progresando de forma paulatina. Tanto abejas como hombres tendrán que trabajar y esforzarse en un ecosistema que, mucho más a menudo de lo que se imaginan, resultará hostil y cambiante. Estarán obligados, por así decirlo, a erigir para sí comunidades que les permitan vivir en armonía con su entorno natural.

—¿Ninguno ha oído lo que he dicho? —protesta, resig-

nado, Deiwos—. Da igual lo que tarden en hacerlo. El hombre terminará destruyendo también este planeta.

—Por eso mismo le conminamos a observar, desde la distancia, la progresión evolutiva de ambas especies al objeto de contener, si se terciara, cualquier intento de desestabilización del equilibrio natural. Para ello, procederemos a construir en el corazón de uno de sus volcanes extinguidos un laboratorio desde el cual podrá estudiar, sin injerencias de ningún tipo, el comportamiento de ambas protocivilizaciones. Como es lógico, ejercerá su labor de una manera pasiva. No deberá convivir con ellas ni acercarse a las mismas más de lo necesario. Desde el interior de la tierra podrá verificar la evolución de su propio pronóstico.

—¿Así se premia mi trabajo de todos estos años, la objetividad de mi análisis? ¿Con el destierro en el subsuelo de un planeta salvaje?

—No se inquiete, no queremos que realice esta labor en soledad. Su pareja, Lilith, ha mostrado un especial interés por acompañarle en esta labor... Sus condiciones de vida apenas diferirán de lo que ya pudo experimentar mientras trabajaba en el interior de Las Siete Cuevas de Marte. Y no tema; ninguno de nosotros interferirá en el desempeño de dicha labor. Después de un largo período de reflexión hemos decidido abandonar definitivamente la superficie de este planeta. El grupo de robots exploradores ha encontrado un satélite que gravita en torno al sexto de cuantos orbes oscilan alrededor del sol y ha propuesto que iniciemos la construcción de nuevos asentamientos especialmente adaptados a nuestras necesidades. ¿Quién sabe? Igual dentro de varios milenios, contraviniendo su

propia tesis, los hombres no solo logran congeniar sus propios intereses con los del ecosistema en el que se subsumen, sino que también consiguen desarrollar un nivel tecnológico que les permita visitar a quienes desde hoy van a tutelarlos desde el cielo.

—¿Podré intervenir de algún modo o mi desempeño quedará restringido a la mera observación?

—Como le hemos dicho antes, podrá hacerlo cuando de verdad sienta próximo el apocalipsis, en aras de preservar la mayor parte de cuantos organismos autóctonos se asienten en el planeta en ese momento.

—¿Y cómo sabré que el fin del mundo está a punto de acontecer?

—Por desgracia, tenemos experiencia ya en ello... Una guerra global especialmente dañina. Una hambruna inmisericorde. Cientos de enfermedades que no se curan. Y finalmente la muerte cabalgando a lomos de un *aguilarraptor*... Todavía es pronto, sin embargo, para que eso lo inquiete. Antes del fin del mundo, los propios hombres deberán enfrentarse a su nueva realidad. Y es que parecen tan frágiles así, observados desde el otro lado del cristal... ¿De verdad cree que aprenderán siquiera a encender un primer fuego?

5 CORTOS

Ricardo Manzanaro Arana

Cinco microficciones que nos muestran, en clave de humor, qué pasa cuando los robots se nos van —o no tanto— de las manos.

Como ya nos tiene acostumbrados, Ricardo Manzano Arana vuelve a deleitarnos con sus historias directas y efectistas, plagadas de humor negro, ironía y crítica social. Esta vez lo hace a través de cinco relatos breves de los cuales me permito destacar «Revivir» y «Robot doméstico», por su crueldad contenida y su resolución con efecto retroactivo.

Contenido

Dios estaba contento. Ahora sus hijos eran obedientes y cumplían los mandamientos. Fue buena idea cambiar a los humanos por robots

Revivir

«Revivir plus» se leía en la placa de al lado de la puerta de la consulta. Un minuto después estaba en la sala de clientes de las instalaciones, donde saludó al gerente.

Meses atrás había ido allí por primera vez. Ahora estaba a punto de ver el resultado final, el robot que había encargado.

—¿Está preparada? —preguntó el gerente. Tras un suspiro, asintió con la cabeza. Se abrió una puerta y salió el robot. Ella pegó un ligero grito al verlo.

—Hola cari, ¿qué tal? —dijo el autómatas con la misma voz de su padre. Era una copia perfecta de su progenitor fallecido. El aspecto, la voz, la mirada, todo. Era él.

Un segundo después, ella sacó un revólver de su bolso. Apuntó al robot sosias de su padre y le disparó hasta que acabó el tambor de balas. Tras el tiroteo, el robot —o su padre— yacía destrozado.

Ella le entregó el cheque al gerente, que estaba pegado a la pared, casi sin respiración.

—Era un absoluto hijo de puta, pero se murió de un infarto mientras preparaba su asesinato. Ahora ya puedo descansar.

Y se fue del local.

Operación policial

Multitud de policías intervinieron en la operación. Finalmente, se consiguió entrar en el chalet donde planificaba sus golpes un peligroso grupo mafioso. Tras un corto tiroteo, se logró detener a los tres tipos que se encontraban en la casa en ese momento. Enseguida se halló lo que se buscaba con esa intervención: un robot.

Era un autómatas diseñado por aquel grupo, logrando un robot asesino potentísimo y muy eficaz en sus criminales objetivos.

Inmediatamente se llevó el autómatas a un grupo de expertos, quienes hicieron los cambios necesarios para su nuevo destino.

Un día después, se incorporó a una peligrosa operación militar en marcha. El robot empezó a matar soldados enemigos con extraordinaria eficacia, como se esperaba de él.

Tras la expedición

Las naves llegaron de regreso a la vez, por lo que la expectación en toda la Tierra fue enorme. Tras el recibimiento

oficial, los astronautas revelaron a científicos y políticos lo descubierto en sus expediciones por la galaxia, usando el recién abierto túnel interdimensional.

Y todos coincidieron al describir la situación en esos otros mundos. Tras esto, conversaron discretamente, políticos, científicos, expertos, llegando a una inevitable conclusión.

Al día siguiente, se destrozaron a la vez a todos los robots de la Tierra. En los mundos visitados solo había robots. Los humanos se habían extinguido.

Robot doméstico

La pareja estaba muy contenta con el funcionamiento del nuevo robot doméstico que habían comprado. Hacía muchas cosas y las hacía bien. Barría y fregaba suelos. Cocinaba platos muy sabrosos. Gestionaba la compra y la traída de la comida desde el supermercado. Daba masajes relajantes a los propietarios y les aplicaba hidratantes y cremas. Y, por la noche, cuando estaban dormidos, se acercaba a ellos y, con un estimulador cerebral aplicado en sus sienes, provocaba la liberación de endorfinas, haciendo que la pareja estuviera siempre contenta y satisfecha con el robot, aunque en realidad no hiciera casi nada.

**CUBIK-EXPLORADOR
REGRESA A CASA**

Blanca Mart

CubiK-E regresa a casa junto a su inseparable amigo humano, pero desconoce el maravilloso secreto que está a punto de revelársele.

El mundo de los hefestianos, lleno de geometrías brillantes y juramentos inviolables, contrasta con la frágil humanidad de Joe, que se vuelve más fuerte gracias al amor de un pequeño robot. En tiempos en que la mayoría pretende culpar a la tecnología de sus propias desgracias y miserias, nuestra autora más entrañable nos regala una reflexión serena y escrita con el corazón sobre la amistad y la empatía entre seres muy distintos. Es lo único que puedo decirles. CubiK-Explorador regresa a casa y esto es lo que le pasa...

I

Esta es la historia de cuando fui ascendido.

Yo Cubik-E —o sea, un explorador simple, un cubito de seis caras, pulido, plateado brillante, con cara frontal (claro, así nacemos), con unos ojazos observadores y un carácter risueño, pero también inquisitivo, observador, frío, abocado a la investigación y a la curiosidad— fui ascendido de Cubik.E a Cubik-Explorador III.

Vaya, no es cualquier cosa, recién nacido había partido a explorar los mundos exteriores ¡y con un terrestre! Bueno, con varios, pero él me había salvado la vida o, al menos, de una buena abolladura. Pero esa es otra historia.

El caso es que siento un gran afecto por Joe; podría decir en términos terrestres-biológicos, que es como si fuera mi padre, mi hijo, mi hermano, mi amigo-compañero de viaje, ya que así ha sido en los mundos exteriores durante un buen montón de años.

Hemos viajado por innumerables lugares y nos hemos ayudado mutuamente. Yo, siempre asentado firmemente en su hombro, pues mi tamaño es pequeño, apenas de siete por siete. Me ha salvado en incontables situaciones desconocidas para mí y yo le he obsequiado con extraordinarios dones como la telepatía, longevidad y protección instintiva.

Ahora estamos aquí los dos, ya que juntos hemos regresado a Hefesto, mi planeta de nacimiento, y hemos sido recibidos con todos los honores por gran número de hefestianos y sobre todo por mi familia, los del clan Vulcan.

II

—Sí, aquí estamos, en esta noche hermosa, reunidos en Asamblea bajo las tres lunas de Hefesto. Muchos de ustedes conocen a Joe el explorador, nacido en Tierra; juntos hemos viajado todos estos años.

—¿Un terrestre? —se asombró un brillante triángulo de nueva generación

—Terrestre —puntualizó Cubik-E—. Los que son nuevos escuchen atentamente, pues quizás luego querrán saber más, ya que son muchos los datos que puedo proporcionar del Universo infinito.

Un murmullo metálico recorrió la asamblea. Joe, sentado al lado de los expositores sonrió, mientras Cubik continuaba explicando:

—Tengo la alegría de decir que he encontrado esta ciudad como siempre, conservándose y mejorándose a través de los siglos; acreándose, pulida, gris plata, brillante porque nosotros la tratamos con amor. Igual que a la selva, por supuesto, donde crecen hojas de plata y *hojas-verde-múltiple*, como se llaman aquí, o bien vegetales biológicos verdes, como les llaman en otros planetas.

¡Vaya si hemos viajado, Joe y yo! Hemos visto lugares y fenómenos y objetos esplendorosos y seres diferentes que piensan de forma distinta y, aunque no lo crean, al no coincidir en sus diseños mentales, pelean y se atacan y tratan de destruirse unos a otros. No, no, no murmuren

entristecidos. Ellos son así; yo comprendo su dolor y su indefensión ante ellos mismos, pues hace tiempo descubrieron que les faltaba algo, algo que llaman Gen, les faltaba el *gen pactual*. Aunque quisieran no podrían pactar, en resumen: les falta un tornillo.

Ah, qué horror recorrió la Asamblea ante estas palabras; preocupados miraron al joven explorador terrestre, pero este no parecía ofendido ni mucho menos. Cubik le cedió la palabra con un gesto y Joe habló:

—No deben preocuparse por mí, gracias a Cubik-E, y los dones y habilidades que me proporcionó, he podido ver los hechos desde diferentes ángulos...

Aquí Joe debió detenerse pues muchos triángulos aplaudieron.

—Gracias —continuó el joven—. He aprendido de él la infinitud y el desafío del aprendizaje al conocer nuevas tierras y nuevas culturas. Con un punto de vista moderno hemos aprendido a sentir respeto y admiración por aquello que es diferente de nosotros y simplemente no entendemos. Agradezco, pues, al destino que me llevó a conocer este su planeta llamado Hefesto y a sus extraordinarios habitantes.

Cuando los aplausos metálicos lo permitieron, el explorador se puso en pie. Alto, fuerte, poderoso, con algunos años más que la primera vez que había llegado a aquel oculto y alejado rincón de una alejada galaxia; miró con afecto a la inmensa cantidad de robots, tornillos, figuras geométricas de todo tipo, engranajes y seres metálicos que constituían el auditorio y alzó la mano mostrando algo.

—Como muchos saben, hace años estuvimos en su Museo y vimos la página que habla de sus orígenes. To-

dos descienden de El Gran Herrero. Cubik y yo... —aquí Cubik negó con la cabeza señalando que el mérito correspondía a Joe. Este sonrió y siguió—. Bueno, está bien, conseguí un ejemplar completo que habla no solo de *la fragua y de las dos damas de oro y el fuelle con ruedecillas*, sino de todas las historias alrededor de este hecho.

Antes de que empezaran a aplaudir y corrieran el riesgo de abolladuras ante tan buena noticia, Cubik tomó de nuevo la palabra.

—Joe ha sido un magnífico explorador y compañero, no sólo nos cede este libro, sino que tenemos numerosas copias en la nave para que, el que así lo desee, lo tenga en su casa. Mañana organizaremos todo. Por favor, no nos excitemos. Y ahora permitamos que nuestro valiente explorador se retire a descansar, pues, aunque es poderoso e inteligente y poseedor del *gen pactual*, su naturaleza es terrestre y debe cargar sus pilas cada noche, durmiendo. Antes de partir para nuestra nueva aventura, estaremos varios días aquí y contestaremos a todas las preguntas cuya respuesta sepamos.

III

Asunto solucionado.

Joe se retiró complacido, pues el sueño le vencía tras aquel viaje en el espacio, dos saltos y por fin el aterrizaje en Hefesto. En la asamblea permanecieron en silencio y sólo un leve rumor metálico de aprobación le acompañó hasta su alojamiento, limpio, cómodo, brillante bajo las lunas. A los pocos segundos dormía plácidamente y fue entonces cuando Cubik-E se volvió a la silenciosa multitud.

—Queridos hefestianos. Han sido unos años de viajes maravillosos y dentro de unos días volveremos a partir,

pues los exploradores llevamos la inquietud del viaje en la materia que conforma nuestras estructuras. Viajar, explorar, es nuestra pasión y debemos hacerlo, ya que todos los seres podemos preservar el Universo entero si conseguimos ser felices en nuestras vidas. Y he aquí que debo contaros un pequeño secreto que aún no deseo que sea del conocimiento de mi querido Joe, pues, dada su naturaleza, podría perturbarle, causarle confusión y, quizás, sufrimiento.

Debéis jurar por el Gran Herrero que nada de lo que os explique ahora trascenderá de forma que él se pueda enterar. Será el gran secreto del Pueblo Hefestiano.

Todos juraron y fue un juramento unánime y que sería plácidamente cumplido, pues no estaba en la naturaleza de los hefestianos romper sus juramentos o hablar más de la cuenta.

Cubik-E explicó primero su historia, sus audaces aventuras, para que los habitantes de aquel planeta de gente robótica, metálica, plena de posibilidades y de brillos y músicas ancestrales, comprendieran la empatía que puede estremecer a seres tan diferentes, supieran de las corrientes telepáticas y electromagnéticas que se pueden establecer entre la complicada y frágil densidad corpórea terrestre y la pureza metálica de los descendientes de Vulcano.

Recordó el día de su partida, el vuelo con aquella magnífica tripulación, tan inquieta, tan proclive a investigar y tratar de alcanzar el conocimiento, como si de algo sencillo y natural se tratara. ¡Qué lástima, compañeros metálicos, que los terrestres fueran tan violentos, tan dependientes de sus emociones!

Pero con él, Cubik-Explorador, ¡ah, con él mostraron lo mejor de esas emociones! ¡Cómo le mimaban y le sacaban

brillo! Y Joe no permitía que durmiera fuera de su cabina y le ponía a la vista y le preguntaba si necesitaba algo o debía abrigarle y Cubik-E le indicaba que una mantita no le vendría mal para así calentar sus circuitos, lo que provocaba la hilaridad general, pues todos sabían que no la necesitaba.

Ah, pero todo tenía su explicación y Cubik la transmitió con gran complacencia:

—Pensad, amigos míos. Él se sentía feliz así. Los demás de la tripulación le preguntaban «¿Está bien Cubik-E?» Y él respondía «perfectamente». Entonces todos se quedaban satisfechos y yo sonreía y gorjeaba.

Las carcajadas metálicas sacudieron las ondas, el espacio, el paisaje brillante de la noche plateada.

—¡No se rían, por favor! Gorjeaba como un pajarillo humano y fingía que poco a poco aprendía a hablar, y con el tiempo aprendí muchas cosas de ellos. Sí, aprendí y grabé ese conocimiento que depositaré en nuestro Museo para que todos lo conozcan. Y fui estimulando nuestros dones en ellos, llegaron a dominar la telepatía, lo que es muy útil en el espacio exterior; y la rapidez de reacción, lo que en numerosas ocasiones les salvó la vida.

Sus preguntas cambiaban. Ya no me decían «¿necesitas una mantita?», sino «Cubik, ¿en qué posición saltamos?» o «¿qué opinas, Cubick?»

Todos evolucionábamos, empatizábamos, nos enriquecíamos.

También traté de alargar sus vidas en lo posible y, sobre todo Joe, del que nunca me separé en las diferentes expediciones, vivió una vida larga e interesante llena de amor y aventuras. pero, claro, a los ciento cincuenta años, murió.

—Ohhhh.

—Sí, siento daros ese disgusto, pero así les ocurre a los humanos. Entonces me puse a pensar y hallé otro libro aparte del libro del Gran Hefesto. Encontré una novela que había escrito una jovencita... algo sobre el moderno Prometeo. Y la jovencita no decía cualquier cosa, no; planteaba la creación de un ser humano por otro ser humano. Mmmm. Muy audaz.

Sin mayor dilación, me puse a la tarea.

La autora decía que su protagonista, un estudiante de medicina, había seguido los pasos de la experimentación. Pero aquí debo ahorrarnos los pormenores, pues no son agradables para nuestra naturaleza e imaginario, así que solo os diré que los seguí detalladamente y añadí algo de mi propio caudal y le toqué un poquillo los genes, de forma que pudiera ir evolucionando para tener el *gen pactual*. Y, una noche de tormenta en que un rayo cayó sobre el lujoso laboratorio que había conseguido gracias a mi capacidad de control mental, esa noche, Joe se despertó y dijo:

—Vaya, Cubik, no reconozco este sitio. Me siento como nuevo. No recuerdo mucho, pero me siento fuerte y poderoso.

Sonreí y brinqué y hasta salté, contento, pero para evitar posteriores reclamaciones le medio expliqué el asunto.

—Verás Joe, solo he podido salvarte poniéndote algunas piezas metálicas, ahora serás más poderoso.

—Ya —medio entendió—. Como si fuera un ciborg.

—Eso, eso —le dije—. Más o menos, pero ya te iré explicando pues ahora interesa que aprendas todo de nuevo.

—¿Acreaste un humano? —preguntó el coordinador del Museo, estupefacto.

—En realidad, ellos dirían que lo creé, pues es todo

nuevo, lo biológico y lo que añadí de mi propia cosecha.

Un silencio total cubrió la planicie. Se oyeron suspiros y chirridos y cabeceos metálicos y todos esperaron en suspenso.

Al fin, alguien preguntó:

—¿Cómo si tú, respecto a él, fueras el Gran Herrero?

—Bien —suspiró Cubik—, eso pensaría Joe y os aseguro que le sentaría muy mal. Ese es el Gran Secreto que jamás debe saber.

IV

¡¿Qué les voy a contar?! Me ascendieron a Explorador III y Joe y yo partimos a nuestras aventuras, pues queríamos conocer nuevos horizontes, lugares magníficos entre las luces de las estrellas.

Me situé en su hombro, como siempre, y sonrió.

—Llevo a mi creador en mi hombro, ligero como una pluma, lleno de amor como un humano, pleno de inteligencia y saber.

Me quedé sin respirar, si es que yo respirara, y le miré de reojo.

—¿Qué dices, Joe?

—No sé bien lo que digo, o lo que intuyo. ¡Hay que aprender tantas cosas!

Sonrió con su sonrisa alegre y audaz de siempre; un humano sin miedo.

—¡Vamos Cubik-E, explorador de Grado III: el Universo es grande!

01100010 01101001 01101110

01100001 01110010

01101001 01101111

Juan Carlos Fernández

Dos civilizaciones de robots se encuentran en un mundo exuberante donde los humanos siguen vivos... pero ya no son quienes mandan.

Juan Carlos Fernández se nos vuelve humanista y nos propone un relato más contemplativo de lo habitual, apoyado en el contraste entre dos futuros posibles: uno en el que las máquinas preservan el conocimiento, y otro en el que preservan la vida (incluso la de quienes las crearon). El planteo ético que se desprende —¿quién cuida a quién, en realidad?— nos deja una resonancia inquietante, cercana a la parábola ambiental.

La imagen de un mundo, un planeta azul, seguida de otras imágenes todas iguales —un fondo negro con una línea blanca, un fondo blanco con una circunferencia negra—, que se repiten de distintas formas a la vez que una serie de sonidos, modulados de cierta manera; otra imagen y otro código similar al anterior, pero diferente, y otra serie de sonidos articulados de cierta manera. Era un código, una forma de escritura binaria y los sonidos representaban un lenguaje. Desde que habían entrado en aquel lejano sistema solar, las imágenes y los símbolos se habían sucedido consecutivamente. Los habitantes del mundo hacia el que se dirigían les estaban enseñando un lenguaje con el que comunicarse. Al final —una vez enseñado aquel lenguaje y aquella sencilla forma de escritura—, un mensaje claro que se podía interpretar de dos formas, una bienvenida o una amenaza. *Sed bienvenidos si venís en paz, pero para morir si vuestras intenciones son bélicas.*

Aquella especie había erradicado la palabra guerra de su lenguaje, era una especie pacífica que recorría los confines del universo en post de conocimiento y así, con ese lenguaje recientemente aprendido, se lo hicieron saber a sus huéspedes.

Se concretó un encuentro entre las dos especies en el satélite principal de aquellos misteriosos habitantes, durante el viaje de una pequeña nave salida del interior del gigan-

tesco crucero que, entre tanto, seguía investigando el resto de los mundos y asteroides —deshabitados en su mayor parte y los que no, con una población formada por organismos artificiales que no precisaban oxígeno y que se encargaban de hacer tareas muy específicas—. En la pequeña nave, los elegidos para el encuentro con los habitantes de aquel mundo fantástico —que parecía poblado en su mayor parte por seres biológicos—, se mantenían en contacto tanto con sus colegas como con sus futuros anfitriones.

* * *

Al llegar al punto de encuentro, unos y otros se llevaron una sorpresa al comprobar que eran más parecidos de lo que habían creído. Y no por su apariencia física —sus anfitriones se presentaron bajo una forma de seres bípedos que nada tenía que ver con la de ellos—, el parecido radicaba en el hecho de que tanto unos como otros tenían cuerpos artificiales. Ambas especies artificiales decidieron contarse sus respectivas historias.

Los invitados alienígenas les explicaron que, siglos atrás, los de su especie debieron transferir sus mentes y conocimientos a carcasas artificiales para poder seguir existiendo, ya que su mundo se había vuelto prácticamente inhabitable para toda criatura biológica. Eso trajo dos consecuencias. Por un lado, una relativa inmortalidad para los miembros de su especie, ya que podían morir de mil formas, pero nunca por enfermedad ni de vejez; lo que les permitía viajar a mundos inhóspitos sin necesidad de aparatos protectores y extraer los recursos necesarios de los lugares más insospechados. Por otro lado, al tener

cuerpos artificiales, no necesitaban reproducirse y, por lo tanto, tampoco expandirse ni conquistar otras civilizaciones. El único afán, que los había llevado a aquel recóndito rincón del basto universo, era el de adquirir conocimientos. Evidentemente, tenían recursos para defenderse si eran atacados por alguna otra especie, aunque preferían no enfrentarse abiertamente y huir, para seguir observando a una distancia prudencial. Lo que les había llamado la atención de sus anfitriones era el hecho de que hubieran optado por una vía parecida a la de ellos sin que su mundo hubiera sufrido las consecuencias de la devastación. Por experiencia, todas las criaturas biológicas —ellos mismos incluidos, antes de transferir sus mentes—, tendían a modificar el entorno a su conveniencia, incluso cuando ello significase acabar con todos los recursos de los mundos que habitaban. Lo peor es que no se daban cuenta del daño que hacían a su propio ecosistema.

Entonces les tocó el turno a los anfitriones de contar su historia, pero antes decidieron descender a aquel mundo azul y lleno de vida.

La visita, que duró días, fue maravillosa. Sus anfitriones los llevaron a visitar desde desiertos —tanto áridos como gélidos, en sus polos—, hasta el fondo de sus mares y océanos, plagados de animales acuáticos. También el cielo parecía poblado de bellas aves de distintos tamaños y colores. Bosques, selvas, ríos... todos llenos de vida que parecía existir en plena armonía, sin que la interferencia de una raza superior —al menos en inteligencia— la pusiera en peligro.

—Antes no era así —empezó a relatar el representante de los anfitriones—. Todas estas especies estuvieron a

punto de extinguirse y, tal como os ocurrió a vosotros, nuestro preciado mundo estuvo a nada de colapsar, y también la especie animal que más nos ha interesado proteger y a la que seguimos cuidando, a toda costa, de cualquier amenaza. Sí os fijáis bien, hay restos de la civilización de la que llegamos a formar parte. Ruinas de una vieja civilización que creyó poder hacer lo que se le antojara sin consecuencias. Y nos crearon a nosotros para hacer todo el trabajo y también para que los protegieramos. Pero la mayor amenaza eran ellos mismos.

La nave voladora llegó hasta una cúpula, donde un hermoso jardín parecía crecer de una forma un tanto artificial. Con un extraño microclima del que más seres mecánicos, como el que les guiaba, parecían cuidar. Pero también había otras criaturas, muy parecidas a aquellos robots, aunque de delicada piel, que parecían corretear libres por aquellos jardines, sin alterarse ante la presencia de los extraños visitantes.

—Sus antepasados se denominaban a sí mismos *humanos* y fueron quienes nos crearon a nosotros para que preserváramos a su especie, por eso nos dejaron tomar el control. Algunos se resistieron, al principio, pero no tenían defensa. No los matamos, nos limitamos a trastocar sus mentes para convertirlos en seres dóciles. Controlamos su natalidad y los vigilamos y cuidamos para que no se dañen entre ellos. Ellos son nuestro mayor tesoro, nosotros somos sus creaciones y seguiremos cuidando de ellos y del entorno que les mantiene con vida. Aunque sabemos que un día ya no hará falta, ya que no se distinguirán del resto de animales o tal vez tomen conciencia de sí mismos y decidan empezar de cero, pero esta vez, con nuestra guía.

* * *

Cuando los visitantes abandonaron aquel mundo, no sabían si alegrarse por aquellos humanos o compadecerse, si su destino a manos de aquellos seres mecánicos, que a fin de cuentas no se les parecían tanto como habían creído en un principio, era mejor que el que ellos habían tenido o peor. Tal vez en un par de milenios hicieran otra visita para ver cómo les iba.

NI CONTIGO NI SIN TI

Miguel Pujol Fecé

En una mina interplanetaria, los robots no dejan de recitar poesía... ¡Silvia ya no aguanta más tanto lirismo inútil!

Miguel Pujol Fecé (1944-2015) nació en Alicante, pero residió desde los años 60 en Barcelona, donde escribió para la revista Foc Nou y colaboró con publicaciones de Editorial Bruguera, como la colección Din-Dan o los famosos libros animados con personajes de Hanna-Barbera o La familia Telerín, que firmaba con el seudónimo de Guzmán Bueno. Escribió cómics y cuentos infantiles para revistas como Strong o Félix, el amigo de los animales. Su último libro publicado es JOVITA, el niño que cuando trueno corre a esconderse debajo de una flor, pero sabemos que existe otro, Los cuatro habitantes de Burguito, que está en proceso de publicación.

Sus relatos de ciencia ficción han aparecido en la revista Alfa Eridiani y en Asimov Ciencia Ficción (la versión castellana editada en México, donde vivió más de dos décadas con su familia). En el número 12 de esta última (marzo de 1998) apareció por primera vez el relato que les ofrecemos a continuación; una crítica al utilitarismo técnico, al romanticismo mal canalizado y a las tensiones humanas que ni la I.A. puede evitar. Es tan breve y la ironía está tan bien dosificada que prefiero no adelantarles nada más. Descúbranlo por ustedes mismos.

—*Ya sé madre que no he de quejarme. Que he de ser fuerte como el huracán y silencioso como la serpiente. Ya lo sé Madre. Pero ¿podré callar cuando el dolor aqueja mi alma y una herida profunda desgarrar mi corazón? Di, Madre, ¿crees tú que podré callar?*

Ella lo miró atentamente mientras un aleteo de furia mal contenida aparecía en sus pupilas. Comenzó a caminar lentamente hacia su derecha.

En el extremo opuesto de la sala, Jaime observaba la escena con cierta inquietud. De pronto, la inquietud se convirtió en pánico y empezó a correr a grandes y pesados pasos.

¡Demasiado tarde! Ella acababa de golpear furiosamente la cabeza de la criatura metálica con una pesada barra de acero.

—Pero, Silvia... ¿cómo has podido?

—¿Acaso no oíste las tonterías que decía este estúpido robot? ¿Qué es esto? ¿Una cadena seria de producción para compañías mineras o un foro de declamación poética? Además... tú sabes que no soporto que me llamen *Madre*.

Jaime dio la vuelta y comenzó a alejarse, los hombros caídos.

—¡Dios mío! —murmuró resignado—. Ya es el cuarto robot destrozado en estos días.

—¡Programadooor! —gritó furioso, pulsando una tecla.

La pantalla visual se iluminó y la cara de Ignacio apareció en ella.

—Mande, jefe.

—Ignacio, ¿tú sabes para que son los robots que programas?

—Oh, sí, para extraer minerales del planeta Ceti.

—Exacto. Solo para extraer minerales. Haz bien tu trabajo.

La pantalla se apagó suavemente.

En su cubículo, Ignacio contempló con ojos enamorados la escultural e inalcanzable silueta de la ingeniera en prácticas y pulsó la tecla de su programa:

«Robota...» Error. Cancele: 59-X: Robot minero para el planeta Ceti. Memoria: elaborar surcos en mineral... surcos.

Ignacio miró de nuevo a la ingeniera y suspiró.

«Surco abierto en el vientre de la madre tierra.

Bosquejo trazado en vivo,

por el mástil crudo del arado en la hierbabuena.

Suspiros teñidos de rojo,

vestidos de rojo que vuelan...»

El programador Ignacio era muy eficiente. Tres horas más tarde, el quinto robot de aquella semana, totalmente acabado, estaba frente a la controladora Silvia.

SULTÁN

Iván Guevara

Tras ocho años en el espacio, Sergio vuelve a Marte con su mejor amigo: un perrobot capaz de mover la cola, pedir caricias y sentir, tal vez, algo más...

Encuentro algo de indecente en quienes hablan bien de sí mismos, así que le pedí a Winona (ver el prólogo) que escribiera una presentación para el siguiente relato de mi autoría. ¿Pueden creer que no dejaba de hacer spoilers? Así que, mejor, les cuento el origen de «Sultán» y nos evitamos la vergüenza del autobombo. El relato, tal cual aparece aquí, salió por primera vez en un librito que repartí en 2016 para darme a conocer, pero la idea básica es más antigua. Le tengo especial cariño porque se trata del argumento del primer guion de cómics que conseguí vender a la editorial Eura, de Roma, en 1998 (iniciando una prolífica colaboración de casi cinco años). El cómic fue publicado en 10 páginas del número 1173 del semanario Skorpio bajo el título Sentirsi vivi (el original era Las máquinas también sienten, así que el traductor me hizo un favor) y los dibujos corrieron por cuenta de ese gran artista que fue Rubén Meriggi. Tiempo después, en 2013, volví a usar la idea para un ciclo de ficciones radiofónicas de una emisora de L'Hospitalet, pero nunca llegó a emitirse. El relato que van a leer es el resultado de adaptar ese radioteatro. Ya que estamos, aprovecho para ofrecer gratuitamente un par de guiones nunca representados de ese ciclo a aquella compañía de radioteatro que se anime a ponerlos en escena.

Atravesó la manga cilíndrica que unía la nave con la cámara de descontaminación.

—Piloto Sergio Ross, bienvenido al Puerto espacial de Sinus Meridiani —dijo la voz mecánica del ordenador que daba la bienvenida a los exploradores—. Le deseamos una feliz estadía en Marte.

—¿Tienes alguna novedad? ¿Alguien que haya venido a recibirme?

—El ingeniero Mel Wayne está fuera esperándole, en el bar del Puerto Espacial.

—El viejo Mel, nunca falla. Gracias, guapa. ¿En cuánto tiempo estaré listo para tomar contacto con la civilización?

—Si todo va bien, dentro de una hora.

Una hora después, Mel esperaba ansioso en el bar del Puerto Espacial.

—No mires tanto el reloj, que ya estoy aquí —dijo Sergio a sus espaldas—. Es notable la impuntualidad de estos puertos. Por más avances tecnológicos que se hagan, hay cosas que nunca cambiarán.

—¡Sergio! —exclamó Mel poniéndose de pie—. ¡Me cago en tu estampa! ¿De veras eres tú?

Se abrazaron con esa fuerza arrebatadora cuyo impulso solo puede provenir de la acumulación de tiempo y distancia entre dos amigos.

—¡Cómo te hemos echado de menos, hijo de puta!...

¡Qué digo! Seguramente tú eres quien más ha sentido la soledad, allá arriba.

Sergio se sentó a la mesa, frente a Mel.

—Es cierto que no he visto demasiada gente en estos años. Por suerte mi trabajo no tiene nada que ver con las relaciones públicas, que si no...

—Pero supongo que en todo este tiempo...

Mel Wayne observó a su viejo amigo silencioso y distante y supo que, de alguna manera, el espacio lo había cambiado para siempre, convirtiéndolo en el típico ermitaño estelar que tantas veces había visto deambular por los parajes de Marte.

—No es tan dura la soledad, cuando te acostumbras a ella —dijo Sergio tras su nueva coraza de autosuficiencia—. Uno aprende pronto a ser su propio compañero.

Un robot-camarera se había acercado a la mesa.

—Buenas tardes. ¿Qué desean servirse, los señores?

—¿Qué tal está la cerveza? —preguntó Sergio señalando con un ademán el vaso vacío de su amigo.

—Abominable, como siempre.

—Reconforta saber que aún se conservan las tradiciones. ¡Tráiganos dos jarras, por favor!

El robot-camarera se retiró a cumplir con el pedido.

—¿Quieres decir que en estos ocho años no has estado en contacto con nadie?

—Tampoco hay que exagerar, amigo. Durante el tercer año pasé cerca de las coordenadas de una nave-burdel y disfruté de la compañía de una bella damisela.

—¿Una vez en ocho años? ¿Te follas a una tía en ocho años y lo consideras normal?

—Me olvidaba con quién estaba hablando. ¡Nunca

cambiarás, viejo lobo de mar!, pero para el resto de los mortales, los placeres de la carne no lo son todo en la vida.

—Olvídate del sexo...

—Descuida, lo he olvidado hace tiempo.

—A lo que voy: no puedes haber visto a una sola persona durante unas cuantas horas en los últimos ocho años y seguir manteniendo tu salud mental. He visto a muchos ermitaños en las colinas del sur y te aseguro que no me gustaría que acabases convertido en uno de ellos.

El robot-camarera había regresado con dos jarras de sucedáneo de cerveza que apoyó sobre la mesa. Sergio bebió un sorbo.

—No logro imaginar siquiera la espantosa soledad que debiste experimentar allí arriba —continuó Mel—. La sola idea de semejante incomunicación me resulta...

—¡Es verdad! —lo interrumpió Sergio—. La cerveza del Puerto Espacial sigue sabiendo a meados.

—¿Me estás escuchando?

—No debes preocuparte por mí. Es cierto que la inmensidad del espacio es desoladora, no te haces una idea de cuánto... Sin duda tengo todas las fichas para volverme loco. Si no lo estoy aún ha sido gracias al cariño incondicional de Zeus.

—¿Zeus?

—Mi fiel perrobot.

—¿Un perrobot? ¿Lo dices en serio? ¡Esos bichos no son seres vivos!

—No deberías hablar de ese modo. Apuesto a que cambiarías de opinión si conocieses a Zeus. ¡Esa mascota está tan viva como tú o como yo! Solía despertarme cada mañana para que jugase con él. Mueve el rabo cuando me ve sonreír y le encanta que lo acaricie detrás de las orejas. Es

un perrobot, sí, pero tiene un corazón mucho más noble que el de la mayoría de los hombres que conozco.

—¡Joder, Sergio! Estamos hablando de un robot. ¡Una máquina! Actúa como un perro porque lo lleva en su programa. No tiene vida.

—Te equivocas. Pasé ocho años conviviendo con mi perrobot y puedo asegurarte de que lo vi ponerse contento cuando yo jugaba con él, enfermarse cuando algo no andaba bien en sus circuitos, gemir de hambre cuando se descargaba su batería...

—¡Claro que sí!, ¡está programado para hacer esas cosas!

—Te desconozco, Mel. Estás hecho un insensible. Déjame hacerte una pregunta; ¿tienes perrobot en tu casa?

—Bueno... Los animales verdaderos son caros de mantener en Marte, así que hemos comprado un perrobot para cuando Abril cumplió tres años. Fue un capricho de mi mujer, no creas que yo...

—Vayamos a tu casa. Te demostraré que es cierto lo que digo. Además, estoy seguro de que tendrás algo mejor para beber que esta basura.

—Un robot, el mejor amigo del hombre. ¡Vaya disparate!

—¿Qué pasa? ¿Tienes alguna duda o es que no quieres compartir con tu viejo amigo ese whisky de la Tierra que sé que escondes en tu alacena?

—Es ridículo, pero si insistes...

El helicóptero descendió en medio del desierto, a cincuenta metros de la solitaria vivienda familiar. Mel no podía quitarse de la cabeza la idea de que las estrellas habían vuelto loco a su amigo.

—¡Menudo chulé te has comprado! —exclamó Sergio, ya caminando por las rojizas arenas marcianas—. Se ve que las cosas marchan bien por aquí.

—No es para tanto. El terreno es muy barato en esta zona, por eso pude permitírmelo. Fue una buena inversión, lo reconozco.

—Ya lo creo que lo fue. Ha pasado tanto tiempo... Me alegro por ti. Además, no estás tan lejos de la ciudad.

—Veinte minutos en helicóptero, pero los días de tormenta... Las tormentas aquí no son como en la Tierra. Decidimos venir al desierto cuando nació la niña. Queríamos que se criara en un espacio amplio, en medio de la naturaleza.

—La niña, claro. Supongo que al fin la conoceré.

—Lo siento, Mirtha y Abril están fuera a estas horas. Ya sabes, el colegio. ¡Bueno!, hemos llegado.

Mel pasó su mano por el lector biométrico y la puerta principal se abrió. El perrobot ladró un par de veces, dando saltos de alegría alrededor de su amo.

—¡Que animalito tan encantador! —dijo Sergio, sinceramente conmovido—. Mira qué contento se puso al verte regresar. ¡Hola, pequeño!, ¿verdad que extrañaste a tu amo? —Estiró una mano hacia el robot, que la olfateó receloso—. Es normal que desconfíe, no me conoce.

—Es un robot, Sergio. Está programado para hacer eso.

—¿Cómo se llama?

—Sultán. Y te atacaría a mordiscones si le doy la orden de hacerlo.

—No lo haría —dijo acariciando al perro—. Sultán es un buen chico, ¿verdad que sí?

—¿Qué hay de ese whisky de la Tierra? —preguntó Mel, cambiando de tema—. ¿O es que ya no te apetece?

Pasaron a la sala y, minutos después, Sergio estaba cogiendo el vaso que su amigo había servido para él.

—Nos sentará bien algo fuerte luego de esa porquería sintética.

Sultán jugueteaba con los zapatos de Sergio.

—Se ve que aún es un cachorro, le gusta jugar.

—Está programado para hacer eso.

—No puedes seguir negando que está vivo, Mel. Es tu mascota, te tiene cariño, ¿cómo no te das cuenta?

El perrobot buscó un tomacorriente al cual conectarse.

—Míralo. Está buscando en enchufe. Tiene hambre.

—No digas tonterías. El más elemental medidor de batería puede hacer que el robot busque una fuente de energía cuando la necesita.

—¿Tan seguro estás? Intenta desconectarlo y verás qué sucede.

Sultán había conectado una de sus patas delanteras al tomacorriente.

—Pues mira, para que dejes de hablar tonterías.

Mel se acercó al animal y lo desconectó de un tirón. El perro gruñó.

—Pero ¿qué hace este bicho? ¿Es que no me reconoce?

—A ningún perro le gusta ser molestado mientras come.

—¡Bah! —dijo Mel soltando al perro—. También será parte de su programa. Los hacen así para que parezcan más reales.

—¿Eso crees?, ¿en serio? Entonces, ¿por qué no intentas ponerlo con las patas hacia arriba y abres la portezuela de su estómago, a ver qué pasa. Quedará indefenso, pero no está preparado para comprender ese peligro.

Mel comenzaba a fastidiarse.

—¡Terminemos de una vez con todo esto!— dijo mientras alzaba en brazos a Sultán. Apoyó su dedo pulgar sobre la portezuela, que tenía un detector biométrico. Se escuchó un chasquido.

—Ha reconocido la mano de su amo —dijo Sergio—. Ahora retira la tapa, no sucederá nada.

Mel obedeció y los circuitos del robot quedaron al descubierto. Por un momento le pareció que Sultán lo miraba de una forma extraña, como si intuyese el peligro. Aunque probablemente no era más que el fruto de su imaginación. Sergio se acercó ofreciéndole su vaso de whisky. Aún no lo había probado.

—Toma —le dijo—, vacíalo dentro del perrobot. Provocarás un cortocircuito. Seguramente sufrirá una breve agonía antes de quedar inutilizado. Pero eso a ti no te importa ya que crees que las máquinas no pueden tener sentimientos, ¿verdad?

Mel tuvo un instante de duda.

—Vuelca el líquido, vamos, termina de una vez con lo que has comenzado. El seguro cubrirá los daños y podrás comprarte uno nuevo, así que nada malo puede suceder. Después de todo, no es más que una máquina sin sentimientos.

Mel dedicó una última mirada a su mascota antes de verter el whisky sobre sus circuitos. El perrobot comenzó a sacudirse como si sufriese algún tipo de espasmo nervioso.

—¡Mierda! —exclamó Mel, alejándose de Sultán, pero sin poder apartar la vista de esos ojos vidriosos, asustados. El perrobot parecía implorar su clemencia, como si se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, como si sufriera, como si estuviese vivo. Espantado, intentó convencerse a sí mismo de que el robot actuaba siguiendo un programa.

Pero el miedo que había en esos ojos no podía haber sido creado artificialmente. Mel comprendió, de repente, que él había provocado el cortocircuito. Lo estaba matando. «¿Matando?», se preguntó y el perro gastó sus últimas energías en un gemido de angustia. Por vez primera, Mel tomó conciencia de su dolor. Y no lo soportó. Salió disparado hacia el lavabo. «Soy un asesino», pensó. Su rostro había perdido todo vestigio de color.

Sergio se acercó al perrobot con una pequeña caja de herramientas en la mano. Mientras tanto, Mel no podía dejar de vomitar. Más tarde, seguramente, echaría la culpa a la cerveza del Puerto Espacial.

—Tranquilo, pequeño, yo te curaré —susurró Sergio mientras secaba el interior del perrobot con un chorro de aire caliente—. No pasa nada, el alcohol se seca rápido. Te prometo que, a partir de hoy, tu amo te tratará como te mereces. Tranquilo, Sultán. Mel no tiene la culpa, él te quiere, solo le ha costado un poco darse cuenta.

El daño había sido superficial. Sería fácil de reparar. Mientras trabajaba con una pequeña soldadora, Sergio intentó comprender a la gente de las colonias. Tan egoísta, la gente, tan incapaz de conectar con el resto de los seres vivos y a la vez tan necesitada de otros seres vivos.

Ahora lo sabía. Dejar de lado su cuerpo humano antes de partir rumbo a las estrellas había sido la decisión más sabia que pudo haber tomado. De otra manera, ¿quién sabe si hubiese regresado con vida?

Cerró la portezuela de Sultán y el perro comenzó a corretear por la casa, como si festejara la vida recuperada.

Mel continuaba abrazado al inodoro.

YAOTEPOSMEH
LOS GUERREROS ATÓMICOS

Paulo César Ramírez Villaseñor

México debe enfrentarse a un *meka* ninja japonés de 40 metros en plena Guerra Fría... ¡Y solo un guerrero azteca atómico podrá salvar el día!

Yo no sé que más quieren que les diga. Si con semejante entrada no están ustedes leyendo ya el relato es porque no les corre sangre por las venas. Paulo C. Ramírez Villaseñor pergeña una descomunal ucronía retrofuturista donde se reescribe la Guerra Fría a base de exoesqueletos, espadas de rayos gamma y escudos fotónicos. El relato es exuberante en detalles técnicos, nombres de materiales imposibles y descripciones de maniobras militares, recreándose en el exceso, como corresponde al género —Paulo es, junto a Luis Guillermo del Corral, uno de nuestros autores más fieles al espíritu pulp clásico—. A pesar de ser el relato más extenso de este volumen, el ritmo se mantiene firme en todo momento y el final deja abierta la puerta a nuevas entregas. Se lo hemos comentado a Paulo y, en principio, no le disgustó la idea. Si a ustedes les ha gustado tanto como a nosotros, amables lectores, ayúdenos a convencer al autor de que escriba nuevos relatos ambientados en este universo mecha-hispanoamericano. Estamos pensando en incluir pequeñas series dentro de nuestras antologías (como ya hacemos con el Piloto Jim) y esta podría ser una de ellas. ¿Ustedes qué opinan?

En agosto de 1945, todo el mundo fue testigo del poderío que representa el uso de la energía atómica. Primero el día 6, en Hiroshima, y después el día 9, en Nagasaki. Aquello dio fin al conflicto de la Guerra Mundial, la segunda en la historia de la humanidad, a la vez que iniciaba un nuevo período, la Era Nuclear.

Los acelerados avances tecnológicos —sobre todo en el área bélica— dieron sus primeros asomos en pleno inicio de los años 50; en medio de la Guerra de Indochina fueron introducidos los llamados *Dragones de Saigón*, rifles que disparaban plasma, los cuales se distribuyeron entre los insurgentes de Laos, Camboya y Vietnam. Poco después, en la Guerra de Corea, intervendría China con los llamados *Guerreros de Xi'an* y sus exo-armaduras y espadas de fisión nuclear, claros antecesores de los actuales titanes metálicos con los que cuentan diversas naciones.

Existe un debate por definir cuál fue el primer país en crear a su ciclópeo soldado de metal, pero lo cierto es que tanto el *Mekhanicheskiy Kazak*, de la Unión Soviética, como el *G.I. Rob*, de los Estados Unidos, fueron vistos en 1953. El primero, en el paralelo 38 y el segundo, en Busán. No son pocos los soldados de ambos bandos que aseguran que fue justo la aparición de los guerreros atómicos lo que produjo el armisticio debido a que ni Washington ni Moscú deseaban tener, aún, un conflicto directo entre ellos.

Fue a partir de aquí que el gobierno norteamericano comenzó una veloz carrera de producción masiva de sus *G.I. Robs* desde Japón, mientras que la U.R.S.S. se concentró en que los países del bloque rojo pudiesen alcanzar a desarrollar sus propios *Mekas*.

Esta lucha por demostrar la superioridad —tanto económica como ideológica, moral y, por supuesto, militar—, alcanzó su punto de prueba en 1960, cerca de Hanói, cuando el soldado estadounidense, el Mayor Charles Smith, piloto del *G.I. Rob* serie WFG-600 tuvo su fatídico encuentro con uno de los *RoBonzos* del Vietcong y sus horribles inmolaciones fotónicas, tecnología provista por los rusos y desarrollada por los chinos, quienes entregaron al ejército de Vietnam del Norte dichos adminículos.

La Guerra de los dos Vietnams, Norte y Sur —o, como le llaman los nativos del Sudeste Asiático, *La Guerra de resistencia contra los norteamericanos*—, ha quedado atascada desde entonces; por un lado, con unos Estados Unidos que cada vez ponen mayores recursos y despliegan más y más de sus soldados, pilotando los grandes guerreiros atómicos hechos de ununtrio, adornados con barras y estrellas y guiados por la idea de *dotar de libertad*.

Mientras, por el otro lado, un Vietcong que resiste con la ayuda de sus poderosísimos —y muy peligrosos— aliados rojos, sin nada que perder y todo por ganar.

Alrededor del mundo se va reflejando esa misma lucha de ambos bloques.

En Nicaragua, los norteamericanos proveyeron de armas y entrenamiento militar a la dictadura de Somoza, mientras que la U.R.S.S. apoyó distintos movimientos revolucionarios.

Para 1961 un grupo de mercenarios enfundados con exo-armaduras de *hardirita*, según se dice patrocinados por los Estados Unidos y entrenados por la CIA en Nicaragua, invaden Playa Girón, en Cuba, pero son repelidos de inmediato por las Fuerzas Militares Revolucionarias que contaban con armas de neutrones, adquiridas con el apoyo del bloque oriental.

En Berlín del Este, en la República Democrática Alemana, se inicia la construcción de un gigantesco muro de seguridad para la frontera interalemana.

Conflictos en Argelia, Borneo, Birmania, Brunei, la Crisis de Chipre, la Guerra de Dhofar y la Guerra Sino-India tienen a ambos bandos involucrados en mayor o en menor medida, creando un ambiente de tensión cada vez más fuerte sobre el mundo.

La plataforma de misiles rusos instalada en la isla de Cuba, la conspiración en el asesinato del presidente J.F. Kennedy en manos de alguna agencia gubernamental, así como el notorio adelanto por parte de la Unión Soviética en la carrera espacial, al colocar al primer cosmonauta en el espacio y poco después a la primera mujer, comenzaron a hacer mella en la confianza de algunos de los aliados de los Estados Unidos.

Isla de Luzón, Filipinas 1966

El joven de apenas veintiún años caminó impaciente a las faldas del Monte Samat. Ahí, en medio de la nada, en la selva, cualquiera podría haber pensado que el muchacho se encontraba perdido. Nada más lejos de la realidad. Jun'ichi Yamakawa sabía a la perfección en donde se en-

contraba y cuál era la vereda secreta que lo conduciría finalmente hasta su destino. Cuando tuvo frente a sus ojos la prominente abertura del monte, claro indicio de la entrada a una red de cuevas y túneles, no pudo sino que exclamar en voz alta:

—*¡El Castillo Escondido del Tigre!* —dijo, con el corazón acelerado y sin poder contener su emoción.

Aquello era, en realidad, una obra de ingeniería de proporciones épicas. Túneles y cámaras se distribuían de manera laberíntica, dando una sensación caótica y confusa; sin embargo, a pesar de los múltiples corredores sin sentido aparente, aquellas grutas lejos estaban de existir de manera aleatoria, pues tenían un orden planificado a la perfección; aquellos intrincados pasadizos habían sido contruidos con la sola intención de fungir como bóveda de resguardo para el oro que, según se decía, había acumulado un general japonés durante la Segunda Guerra y que terminó siendo conocido como *El tesoro de Yamashita*.

Pero Jun sabía que todas las riquezas acumuladas por el militar se habían utilizado para mantenerlo a él y a sus estudios. El joven de apenas veintiún años tenía una educación dirigida con un solo propósito: desarrollar el arma que habría de vengar la afrenta hecha al general; por eso, cuando llegó hasta, la cámara observó maravillado lo que tenía ante sus ojos.

—¡Por fin! —exclamó lleno de emoción sin quitarle la vista a las enormes figuras que tenía frente a sí—. La venganza transformada en *bushi* y *shinobi* hechos de *Nihonio*.

—Están listos para cuando usted desee, señor Yamakawa —afirmó Yoshi Nakamura, el científico encargado del proyecto

Una gota de sudor frío corrió por la frente del joven Jun'ichi Yamakawa. Tenía en sus manos el poder de decisión. Sabía que el momento para el que había estado preparándose durante toda su vida había llegado al fin. Un calor abrasante dentro de su estómago pareció encenderse. Un fuego interno que fue subiendo hasta el esófago, después por la tráquea hasta casi quemar su garganta.

—Lo deseo ahora —dijo, casi rugiendo. Como si el propio Tigre de Malasia lo hubiese dicho en persona.

Chimalhuacán, México 1966

El reloj de la sala de recepción del edificio de la Comisión Nacional de Energía Nuclear marcaba las 11:59 a.m. Todos los científicos, investigadores, personal del gobierno, militares, así como prensa invitada, se encontraban ya en el hangar de pruebas. Tanto José Ortiz Tirado, presidente de la Comisión Nacional de Energía Nuclear, como el doctor Nabor Carrillo Flores, asesor principal del proyecto, se realizaban la misma pregunta: *¿En dónde diablos estaba Antonio?*

Antonio Eduardo Yerto Ortega, ingeniero nuclear de tan solo 23 años, jugador de tenis, practicante de natación y capitán del equipo de boliche, se encontraba en el interior de su oficina y no precisamente en sus mejores condiciones. Los nervios le habían atacado y, para calmarlos, decidió que era buena idea emplear un gin tonic, luego dos, luego un coñac, después cuatro cubas libres de *Don Pedro* y llegó a perder la cuenta cuando comenzó con los jaiboles.

En todo lo ancho de la explanada gigante se encontra-

ban formados ocho colosos de cuatro metros de alto y cerca de las cuatro toneladas de peso. Sus respectivos pilotos aguardaban la orden de sus superiores para abordarlos en cuanto diera inicio la demostración. Los viejos *mekas* del ejército, llamados muchas veces a propósito como *Old-mekas*, eran impulsados por un combustible a base de diesel y un polímero especial llamado Homshuk, el cual les permitía una movilidad efectiva de 10 kms/h y tener movimiento articulado de brazos y manos y la capacidad de utilizar dos ametralladoras estilo Gatling con 1,500 disparos por minuto, colocadas ambas en la parte izquierda. La carrocería estaba hecha de una aleación de acero, titanio y *ekatalio*, un material que no le pedía nada al *ununtrio* de los *G.I Robs* estadounidenses o al *krasnnaio* del Kazak soviético.

Un intenso humo blanco se extendió por casi todo el terreno, sorprendiendo a todos los presentes. El instinto del Coronel Juan Manuel Mondragón salió a flote ante el evidente peligro, ordenando de inmediato:

—¡Todos a sus puestos! *iAll Meka Formation!*

Los pilotos no chistaron ante la orden dada y se montaron lo más pronto que pudieron dentro del enorme compartimento, ubicado en la cabeza del *old meka*. Los motores se encendieron y el olor de hule quemado invadió el lugar, obligando al resto de los presentes a ponerse las mascarillas y gafas protectoras repartidas con antelación para la prueba.

—Aquí Jaguar-3, creo que veo algo —dijo el sargento López a través de la radio.

—Copiado, Jaguar-3. Aquí Jaguar-1, danos las coordenadas. Jaguar-5, 2, 4 y yo, estamos en formación —res-

pondió el capitán González—. Jaguar-6, 7 y 8, ¿escucharon? Cambio.

El silencio fue la única respuesta.

Los cabos Garcés, Molina y Cabrera ya no pudieron escuchar el mensaje de su capitán debido a que habían sido anulados por un enorme *meka*, diez veces más grande según pudieron notar todos cuando el humo se disipó.

—Pero ¿qué carajo está pasando?—cuestionó González al percatarse de la presencia del enorme titán que tenía frente a él.

Cuarenta metros compuestos de silicio, vidrio, acero y alguna extraña aleación de un negro metal; aparentemente, movidos por energía nuclear y cargados con lo que parecía un armamento variado.

—No lo sé, capitán, pero esa cosa se termina aquí, en esta prueba. ¡Ahora!

Francisco Javier López Díaz, sargento primero del ejército mexicano, movió los controles de su *old meka* para activar las Gatlings ubicadas en el costado izquierdo de su bestia mecánica, identificada como Jaguar-3. Los cañones rotativos de las ametralladoras comenzaron a girar, escupiendo su munición. Más de tres mil disparos cayeron sobre el oscuro cuerpo del coloso sin causarle un solo rasguño. Los disparos fueron respondidos de inmediato con letales ataques de esquirlas gigantescas cuyas puntas atravesaron sin dificultad alguna la armadura de ekatalio, alcanzando también a cortar con la vida del soldado.

Ni los cabos Gómez, Rodríguez y Montes de Oca ni el propio Capitán González podían comprender qué era lo que estaba sucediendo. Nadie les había informado de que aquella exhibición y muestra del nuevo guerrero de metal

tendría un nivel de letalidad de la magnitud que estaban enfrentando. Por supuesto que todos los asistentes estaban igual. Tanto el presidente de la Comisión Nacional de Energía Nuclear como el coronel Mondragón le exigían explicaciones al doctor Carrillo, quien no tenía ni la más mínima idea de qué estaba ocurriendo y de por qué el ingeniero Yerto seguía sin aparecer.

Todo era caos y confusión en la mente del joven ingeniero. La tierra bajo sus pies parecía moverse, dificultándole el caminar. Los estruendos de las detonaciones lo obligaron a irse a cubierto, logrando colocarse debajo de un camión militar, más por una suerte de instinto casual que por una verdadera intención estratégica. La vidriosa mirada del muchacho captó el instante preciso en el que el guerrero atómico activaba su arma. Un enorme brillo, acompañado de un vibrante resplandor, se extendió a modo de espada, surgiendo de la extremidad derecha del oscuro gigante metálico. Con una velocidad sorprendente para su tamaño y ayudado con aquella espada de energía, el monstruo traspasó como si nada la aleación de ekatalio de los viejos *mekas* que conducían tanto el cabo Montes de Oca como el cabo Gómez, quedando ya únicamente el cabo Rodríguez y el capitán González.

—¡Rayos gamma! —exclamó Antonio, sin salir de su asombro—. ¡Su espada de fisión produce rayos gamma!

El olor a caucho quemado se intensificó. Una enorme columna de humo negro escapó de uno de los tubos de los viejos *mekas*, como si bufara enfurecido. El arma de fisión se elevó varios metros en el aire, a punto de soltar un golpe a aquella antigua máquina pilotada por el capitán Armando González, cuando el *meka* en el que se encontra-

ba montado el cabo Rodríguez rugió, quemando diésel y homshuk al mismo tiempo. Al parecer tenían un plan.

Las diferencias de altura entre los *old mekas* y el negro titán de la espada eran abismales, aun así ambos armatostes del ejército mexicano se movieron con una coordinación excelsa, dirigiendo sus ataques hacia las piernas de su enemigo.

—¡No dispaes hasta que yo de la orden, Rodríguez! ¡Concéntrate en golpear y sujetar sus piernas para hacerlo caer! —indicó el capitán González por medio de la radio.

Jesús Encarnación Rodríguez siguió las órdenes de su capitán al pie de la letra; tomó los controles del viejo *meka* de cuatro metros, enorme cabeza y firmes brazos hechos de acero, titanio y ekatalio y comenzó a golpear con ellos las piernas del monstruoso enemigo, mientras que el capitán Armando González hacía lo propio desde su cabina. El plan pareció funcionar, pues el coloso trastabilló ligeramente hacia adelante, situación que los soldados aprovecharon de inmediato.

—¡Acelera y empuja, Rodríguez! —ordenó por la radio el capitán.

—¡Eso es justo lo que hago! —chillo el cabo, al tiempo que movía las palancas y oprimía la marcha de su *meka* hacia adelante.

El oscuro gigante tambaleó de nuevo, al tiempo que parecía esgrimir su espada energética con intenciones de lanzar un corte sobre cualquiera de sus dos oponentes. Al percatarse de lo que estaba ocurriendo y con la borrachera ya bastante rebajada por la adrenalina del momento, Antonio Yerto recordó que podía activar con su reloj de pulsera al Yaotepostli atómico —el proyecto que, se suponía,

debería estar presentando en lugar de aquello que sucedía—, por lo que no dudo ni un instante en digitar la clave especial: 99926668555¹.

La onda de activación alcanzó entonces la antena receptora ubicada en la cabina del verdadero proyecto de Antonio Yerto. Una luz se encendió, como clara prueba de que los sistemas de control remoto habían comenzado a hacer conexión. Los funcionamientos básicos de movimiento, radar y localización entraron en plenas funciones y la tremenda máquina en color rojo —gracias a la aleación de acero, titanio zirconio y eritronio— comenzó a levantarse poco a poco. Fue como si un gigante dormido se despertara de un prolongado letargo, dando pasos lentos y confusos.

—¡Ahora, Rodríguez, dispare! —ordenó González a través de la radio al único soldado que le quedaba con vida.

Tanto el cabo como el capitán descargaron toda su munición encima del gigante del negro metal, más con la intención de que la fuerza de los impactos les ayudaran a empujarlo que con verdaderas intenciones de causarle mella. En un instante, todos los presentes notaron cómo apareció la enorme figura roja; todos, incluyendo al piloto del *meka* que tropezó irremediablemente hacia adelante debido a los golpes de los puñetazos de los *old mekas*, así como por la lluvia de ráfagas que habían vomitado las Gatling sobre él.

Pero mientras caía, activó de nuevo la fisión nuclear, creando la espada de energía que golpeó sobre la aleación de metal, cortando y acabando con el viejo *meka*, a la vez

¹ YAOTL en numeración telefónica. (*N del A*)

que con la vida de su valiente piloto, Armando González, capitán del ejército mexicano.

El estruendo de la caída fue tremebundo. El suelo se cimbró, primero por el retumbar y el peso de aquel coloso de cuarenta metros e, inmediatamente después, por el de la explosión del viejo *meka*. Todo se cubrió de humo y un olor a diesel, hule quemado y muerte impregnó el lugar.

El cabo Jesús Encarnación Rodríguez, único sobreviviente, había logrado percibir al piloto enemigo dentro de la cabina, apenas un instante previo a que el humo lo cubriera todo. Llevaba un uniforme en color negro y un casco blanco con rayas rojas, mientras que en el costado izquierdo, en su hombro, portaba una *Kyokujitsu-ki*, la bandera del sol naciente.

Los pocos presentes que hasta el momento no habían huido —en su mayoría militares y prensa muy audaz— permanecieron expectantes ante la aparición del nuevo guerrero de metal. Aquella poderosa máquina alcanzaba los cincuenta metros de altura, con la figura de un luchador azteca en rojo, portando con firmeza un chimalli en su mano izquierda y una maza en su mano derecha.

Transcurrieron varios minutos durante los cuales pareció que el tiempo se había detenido, hasta que todo fue roto por el ruido de las sirenas. Las ambulancias y los bomberos se acercaban. El humo negro seguía subiendo como si se tratase de las columnas que sostenían aquel fatídico suceso, pero se había logrado disipar lo suficiente como para dejar sorprendidos a todos por lo que estaban viendo. O más bien por lo que no estaban viendo. De manera increíble, el oscuro titán, que hacía poco había caído al suelo gracias al esfuerzo inhumano de los dos soldados, había

desaparecido. Simplemente se había esfumado sin dejar mayor rastro.

* * *

—Pero ¿cómo es posible que una cosa de ese tamaño haya desaparecido ante los ojos de todos? —cuestionó el coronel Mondragón.

—Ninjas —dijo el cabo Rodríguez en forma seca.

—¿Qué? —preguntó el coronel, con un gesto de incompreensión que no podía ocultar.

—El *meka* que se presentó era una réplica de un guerrero *shinobi*, los legendarios luchadores ninjas de Japón —explicó Rodríguez.

—Lo que me está diciendo no tiene sentido alguno, cabo. Según lo que afirma, fuimos atacados por Japón —señaló Juan Manuel Mondragón.

—Al contrario, coronel, le da sentido a toda la locura que vivimos —intervino Antonio Yerto, que se había mantenido al margen de la conversación hasta ese momento.

—Explíquese, ingeniero. Y más vale que lo que vaya a decir aclare este asunto —indicó el Coronel Mondragón, clavando la mirada sobre el joven.

—No fuimos atacados precisamente por Japón, pero sí por un grupo cuyo origen es japonés —afirmó, seguro, Antonio.

—Los informes de inteligencia concuerdan en que se trata de los *Sakuraryukai*, cuya traducción al español sería algo como *La Sociedad del Dragón de los Cerezos* —explicó uno de los soldados asistentes en aquella reunión.

—Estamos hablando de una especie de grupo paramili-

tar y sociedad secreta, cuyo objetivo es vengarse de los enemigos que influyeron en la derrota de su país en la segunda guerra. Esa es la razón principal por la que fuimos atacados en la prueba —explicó Antonio Yerto.

—Pues entonces habrá que movilizarse para localizar a ese robot ninja. Cuarenta metros de metal y vidrio no pueden estar ocultos demasiado tiempo —afirmó Mondragón.

—Tenemos otro problema extra, coronel... no hay quien pilotee el yaotepostli—comentó Antonio, agachando la cabeza.

—¿Qué? —se dejó escuchar a través de la sala de juntas, como si se hubiese formado un coro con todos los presentes. Las caras de sorpresa e incompreensión se dibujaron de inmediato entre los soldados.

—Me refiero a que, aunque yo fui quien lo diseñó, no puedo dirigir al guerrero atómico —explicó el joven ingeniero.

—¡Me ofrezco a hacerlo, coronel! —dijo de inmediato el cabo Jesús Encarnación Rodríguez

—Lamento desilusionarlo, soldado —habló Antonio—, pero un piloto experto de los *Old Mekas* tardaría unas dos semanas de adiestramiento intensivo para poder tripular adecuadamente al titán de la aleación Z.E.T.A.²

—¿No hay nadie más que sepa cómo funciona el guerrero atómico, ingeniero? —cuestionó el coronel Juan Manuel Mondragón.

—Nadie más —respondió Antonio Yerto moviendo la cabeza a manera de negación—. Solo el doctor Nabor Carrillo Flores, mi asistente personal, la señorita Cruz y yo conocemos el funcionamiento completo del yaotepostli.

² Zimpanio, Eritronio, Titanio y Acero. (*N del A*)

Después largos minutos de un incómodo silencio, el coronel exclamó:

—Tiene una semana, Rodríguez. Y rece para que el robot ninja no aparezca antes o, al menos, para que puedan controlarlo mis hombres. Ahora retírense, tienen mucho por hacer.

Tanto el cabo Jesús Encarnación Rodríguez como el ingeniero Antonio Eduardo Yerto Ortega salieron de la sala de juntas para dirigirse al taller, en donde comenzaría el adiestramiento.

* * *

Puerto de Manzanillo, Colima, México.

Cuatro días después.

Las palmeras se mecieron ante el tremendo movimiento debajo del suelo. La negra arena volcánica de la solitaria playa de Cozcatlán se abrió para permitir la salida de aquel gigantesco armatoste. La fina y oscura capa de tierra resbaló por toda la estructura metálica hecha de nihonio, o por lo que podríamos nombrar como *el cuerpo del robot*.

Decenas de gaviotas, que volaron despavoridas sin dirección, fueron observadas detenidamente por los ojos cafés del piloto. Fue como si aquel instante el tiempo no estuviera transcurriendo. El sol ocultándose. La blanca espuma bañando la playa. Las azules aguas del Pacífico chocando con las rocas. El ocaso pintándose en el cielo con tonos de naranja pálido, brillos dorados y destellos rojos, difuminándose hasta oscurecerse. La noche había caído al fin, ahora le tocaba el turno de caer al propio puerto.

El ennegrecido y ciclópeo monstruo metálico avanzó a

grandes pasos hasta alcanzar el puerto interior desde donde, apenas se dieron cuenta de su presencia, activaron las alarmas. El personal que se hallaba trabajando en los diversos muelles de carga se encontraba aterrorizado sin saber a ciencia cierta qué era lo que estaba ocurriendo

Dando golpes a diestra y siniestra, aquel oscuro titán avanzaba destrozando todo lo que podía a su paso: contenedores con mercancía variada, barcos, postes de luz, edificios; en fin, no había objeto que no destrozara con sus potentes y enormes manazas. El piloto de aquel *meka* ni siquiera se había molestado en utilizar su arma, todo lo estaba destruyendo a puño limpio. Fue entonces cuando arribó la Marina.

Múltiples barcos de diversos tamaños hicieron acto de presencia disparando sus armas. Se trataba de los buques patrulla Clase Azteca, propulsados por motores a base de diésel de 4800 caballos de fuerza. Tres eran los vehículos que se presentaban para la defensa del Puerto de Manzanillo: el ARM Itzmitzin, el ARM Tlanextic y el ARM Xihuitl. Las tres naves lanzaron sus misiles antiaéreos logrando que dos de ellos impactaran sobre el objetivo.

Dos fulgores en rojo se dejaron ver en un instante, para cubrirse de humo negro y gris. Los impactos de los misiles apenas si habían causado que el *meka* se echara hacia atrás un simple paso. Pero aquello fue suficiente para que el teniente de navío Alonso Pascual, de la patrulla marina, se percatara de que, si se imprimía suficiente fuerza en el ataque, aquel guerrero de metal podía ser derrotado, por lo que de inmediato dio la orden transmitida por la radio:

—¡Ataquen todos los buques con misiles y cañones a la vez!

Los cañones del ARM Xiuhuitl fueron los primeros en dispararse, mientras que el ARM Tlanextic y el ARM Itzmitzin volvieron a lanzar sus proyectiles. Severos impactos por parte del cañón Oerlikon golpearon sobre las placas blindadas de aquella oscura aleación de nombre nihonio sin causarle mayor daño. Tampoco tuvieron mejor suerte los cuatro cohetes que explotaron en secuencia, detonando una a una sus ojivas, aunque sí que lograron que esta vez el meka retrocediera unos cuantos pasos. Aunque, para su infortunio, también habían logrado enfurecer al piloto.

—¡Imbéciles! —dijo en su idioma natal, sin que nadie pudiera escucharlo—. No tienen idea del poder que al que se están enfrentando. El *shinobi 66* está diseñado para ser invulnerable ante ataques de misiles tan simples y balística tan inferior. Les estaba dando una oportunidad para huir, pero ahora no merecen piedad.

Apenas hubo terminado de hablar para sí mismo, el soldado japonés activó unas palancas y controles y oprimió un botón, haciendo que el gigante negro lanzara un par de enormes y afiladas esquirlas que partieron en dos tanto al Tlanextic como al Itzmitzin, generando dos estruendosas explosiones cuyas ondas causaron graves estragos sobre el último buque patrulla.

Fue entonces cuando cinco aviones de la Fuerza Aérea Mexicana aparecieron entre las nubes. Se trataba de los aviones de caza Tlecuauhtli F501 serie GW, con lo último en tecnología dentro de los de su clase.

El piloto japonés se dio cuenta de inmediato de la presencia de las aeronaves caza, por lo que en seguida activó su espada de energía. La fisión nuclear desprendió a continuación los poderosos rayos gamma.

—Atención equipo, aquí Quebrantahuesos Uno —dijo la voz a través de la radio de los cazas—, tomaremos formación mosquito con maniobras defensivas, cambio.

—Quebrantahuesos Dos, enterado.

—Aquí Quebrantahuesos Tres, entendido.

—Enterado —respondieron Quebrantahuesos Cuatro y Cinco.

Los aviones volaron por el cielo, acomodándose a tres distintas alturas, con Quebrantahuesos Dos y Tres cubriendo la más alta, a media zona; Quebrantahuesos Cuatro y Cinco a media altura, pero cubriendo la retaguardia; y con Quebrantahuesos Uno sobrevolando a la cabeza, pero por la parte más baja.

Los cañones M63 Vulcan escupieron su munición a toda velocidad. El piloto del *meka* movió los controles con reflejos dignos de un artista marcial, para hacer que su gigantesco guerrero lanzara un corte de su espada energética, pretendiendo alcanzar, al menos, a alguno de los aviones que pasaron disparando con sus armas automáticas.

Mientras que el oscuro *meka*, gracias a su extraña aleación de acero y nihonio, resistía sin problema alguno los más de 20.000 disparos recibidos en un minuto por parte de los cinco aviones. Por su lado, los hábiles pilotos de la Fuerza Aérea Mexicana habían logrado esquivar el mortal brillo violeta de la espada del gigante de metal.

Pero, tal y cómo se lo preguntaba el subteniente Agustín Méndez, piloto del Quebrantahuesos Tres, ¿cuánto tiempo más iba a pasar, antes de que el arma de fisión nuclear alcanzara a alguno de ellos? Después de casi veinte minutos de enérgico combate, aquella pregunta fue respondida.

El intenso brillo violeta refulgió en el aire, partiendo

con su calor, primero, al Quebrantahuesos Cuatro para, enseguida y con un movimiento increíblemente veloz para un *meka* de esa magnitud, hacer lo mismo con el Quebrantahuesos Cinco. Debido a la onda de choque, las explosiones de ambas aeronaves causaron ligeros problemas al resto de los pilotos de los Tlecuauhtli F501, obligándolos a realizar maniobras especiales para mantener el control de sus vehículos; sin embargo el teniente Gonzalo Fernández, piloto del Quebrantahuesos Dos, se dio cuenta de que no iba a poder hacer mucho, por lo que intentó dirigir su aeroplano para colisionar contra el enemigo.

—Capitán, aquí Fernández. Dígale a mi esposa que la amo y que... —El soldado ya no alcanzó a decir más, pues la muerte le llegó en ese momento.

Tanto el impacto como la explosión subsiguiente hicieron que el piloto del oscuro gigante de metal tuviera que aplicarse en los controles para no caer de bruces, permitiendo que los Quebrantahuesos Uno y Tres salieran del rango de alcance de la espada de fisión nuclear del *meka* shinobi.

—Atención, Méndez, solo quedamos usted y yo —dijo en tono serio la voz a través de la radio—, así que no nos queda más remedio que pasar a la FEEE.

—¿Formación Especial Escuadra Equis, capitán? —preguntó Agustín Méndez.

—Afirmativo, subteniente. Démosle a ese hijo de la chingada un buen baño de cohetes —respondió el capitán y piloto del Quebrantahuesos Uno.

Ambos aviones volaron tomando direcciones opuestas, pero manteniéndose a la misma altura uno del otro, con una precisión y exactitud simétrica sorprendente.

Una vez que el japonés tuvo controlado su gigantesco vehículo, observó muy cómodo desde su silla cómo ambos aviones comenzaron a hacer maniobras y cómo, al volar, parecían estar recorriendo una trayectoria cruzada, formando una especie de equis imaginaria. Fue durante ese recorrido que su radar detectó que le habían disparado.

Cuatro misiles AIM-9 Crótalo, dos por cada avión caza, habían sido accionados y se dirigían a toda velocidad en su contra. En un intento desesperado, apretó algunos botones y recurrió a movimientos de palancas tratando de evadir los cohetes, pero aquellas armas contenían un dispositivo láser capaz de rastrear el calor, por lo que ser golpeado fue inevitable. Pero ni siquiera la potencia de aquellas armas era suficiente para causarle daño alguno a la poderosa aleación de acero y nihonio, aunque no dejaba de ser molesto y engorroso para el piloto el tener que mantener controlado al enorme *meka* en cada impacto para que este no se viniera abajo y se cayera.

—¡Idiotas! —exclamó en su idioma—. ¿Cuántas vueltas más pueden dar de esa forma? ¡Si pretenden derribar al shinobi, van a tener que esforzarse más!

Los aviones caza se mantuvieron realizando las maniobras de ataque y evasión, sabiendo sin duda alguna que no podían vencer al enemigo, pero ganando el tiempo suficiente como para que hiciera su aparición quien sí podía.

El rugido de las turbinas de una poderosa y titánica nave se dejó escuchar por toda la zona. Las olas del océano Pacífico se agitaron a tal grado que parecía que una tormenta estaba a punto de comenzar. Desde los aires, una gigantesca sombra se dibujó en el suelo y un monstruo de hierro se asomó de entre las nubes. Se trataba de un C-96

Quinametzin, avión de carga y transporte militar, que traía bajo su fuselaje cuarenta metros de rojo metal en la forma del guerrero atómico diseñado por el ingeniero Antonio Yerto y hecho de una aleación formada por zirconio, eritronio, titanio y acero.

El enorme guerrero de metal escarlata pareció dar un salto hacia tierra, desprendiéndose así del avión de carga que lo transportaba. Poco más de treinta toneladas descendieron hasta caer sobre la orilla del mar, en un acuatizaje que lució algo torpe, sacando a relucir la inexperiencia y poca familiaridad del piloto con el *meka*. Dicha situación fue detectada por el piloto japonés quien de inmediato dirigió a su máquina shinobi, en un intento de ataque sorpresa en contra de su rival. El soldado nipón activó el mecanismo de ignición de la fisión nuclear, emitiendo el mortal centelleo violáceo de rayos gamma; luego, movió las palancas que controlaban los brazos y puños de su mega robot tripulado para alzar la espada de energía y atestar un golpe con la intención de cercenarle la cabeza a su oponente, es decir, la cabina de controles del *meka*.

Jesús Encarnación Rodríguez apenas tuvo tiempo de reaccionar. Tenía a su gigantesco vehículo-robot en una posición vulnerable, casi de cuclillas, con la rodilla derecha prácticamente siendo bañada por el oleaje del Pacífico.

—¡Active el campo fotónico, Rodríguez, pronto! —Se escuchó la voz a través de la radio.

Los dedos del soldado mexicano oprimieron el botón y, de inmediato, el chimalli que aquel guerrero azteca hecho de aleación Z.E.T.A portaba en su brazo izquierdo se encendió en energía ionizante. La espada de luz morada chocó en contra de un círculo de energía vibrante y enrojecida. El

aumento de la longitud de onda provocada por el escudo creó entonces un efecto Compton, dispersando así el ataque.

—¿Qué? Pero ¿cómo diablos...? —expresó el piloto japonés sin salir de su sorpresa.

Dicha situación fue aprovechada por Rodríguez, quien incorporó a su *meka*, colocándolo en una mejor posición, ya completamente de pie.

Entonces comenzó una verdadera batalla. Los dos enormes titanes de metal enfrentándose en la playa. Con el oscuro shinobi atacando con cortes de su espada de rayos gamma y el guerrero azteca color escarlata bloqueando todos y cada uno de los ataques con su chimalli fotónico. Debido a la falta de familiaridad con el *meka*, Jesús Encarnación Rodríguez se había limitado exclusivamente a defenderse, poniendo el escudo y moviéndose según era necesario ante cada arremetida de su oponente.

—Necesita contraatacar, Rodríguez. Le sugiero que active la maza energética —indicó la voz por la radio.

El soldado giró la manivela que activó la fisión, misma que dividió algunos núcleos para que, con sus partículas beta, se formara un acumulado de energía positrónica.

Cuando el soldado japonés vio que su oponente había encendido su arma, ya era un poco tarde. Soltó el corte de su espada de fisión nuclear, únicamente para ser bloqueado de nuevo por el chimalli fotónico, pero esta vez yendo aún más allá, puesto que el efecto Compton logró dispersarlo hasta en 10 Megaelectrovoltios; es decir, que los rayos gamma fueron absorbidos por el escudo, dando la impresión de que la luz violeta se rompía ante la vibrante firmeza del incandescente escudo. Apenas segundos después de contemplar aquello, la enorme maza energética de

plasma impactó sobre la *quijada* del negro guerrero shinobi. Los cristales de la cabina se quebraron, volando cientos de pequeños pedazos por los aires. El cuerpo del piloto se sacudió desde la silla por la tremenda fuerza del golpe, pero ya no pudo hacer más, pues esta vez el ataque provino desde arriba. La gigantesca y pesada maza de vibrante energía roja terminó impactando de lleno sobre el equivalente del cráneo del *meka*. El resto del gigante de metal negro se desplomó de manera dramática, quedando inerte sobre la oscura arena de la playa de Manzanillo.

* * *

Isla de Luzón, Filipinas

Castillo escondido del Tigre

Jun'ichi Yamakawa se encontraba sentado sobre la cómoda silla de su vehículo. Llevaba puesto el cinturón de seguridad, el uniforme negro y los guantes. Tras el anuncio del fracaso en la primera misión de venganza y la destrucción del shinobi 66, así como la muerte de su piloto, el japonés había decidido hacerse cargo por él mismo.

—Voy a convertirme en el mejor piloto de *mekas* que exista y voy a vengar el honor de Japón yo mismo—dijo Yamakawa mientras se ponía el casco y comenzaba a entrenarse arriba de un enorme robot tripulado hecho de nihonio y cuya forma de samurái era más que evidente.

* * *

Chimalhuacán, México

Unos meses después

El guerrero escarlata reposaba durmiente en el interior de un hangar diseñado especialmente para resguardarlo. Se trataba del llamado Calyaotepostl o *casa del guerrero atómico*, un lugar que funcionaba como laboratorio, bajo la supervisión del doctor Nabor Carrillo Flores, así como taller de reparaciones, por parte del ingeniero Antonio Yerto Ortega y como espacio de entrenamiento para el ahora sargento segundo, Jesús Encarnación Rodríguez. Ellos, junto con la señorita Cruz, la voz de indicaciones y asistente del ingeniero, conformaron el equipo principal encargado del *meka*.

Sabían que tarde o temprano habrían de enfrentar alguna otra amenaza por parte del grupo *Sakuraryukai*, *La Sociedad del Dragón de los Cerezos* y querían estar preparados para ello.

Iniciaba, de este modo, la *Era de los Guerreros atómicos*.



EL NUEVO "QUIOSCO" DE
SEGASaturno PRODUCTIONS



www.segasaturnoproductions.com

HACIA UNA BREVE TIPOLOGÍA ROBÓTICA

Elwin Álvarez Fuentes

Pese a lo que el común de la gente puede llegar a creer, no todos los robots son iguales, ya que dentro del imaginativo mundo de la ciencia ficción estas entidades son descritas de muy diversas maneras, dependiendo de la creatividad de los escritores, la necesidad de verosimilitud o la propia ficción en la historia narrada. De este modo, los robots se nos aparecen de múltiples formas —desde las más sencillas hasta las más complejas—. A continuación, proponemos una clasificación de los distintos tipos de robots.

1- El robot máquina

Constituye la especie más simple y primitiva dentro de lo que es un robot. En realidad no es propiamente un robot, si consideramos que, por definición, un robot es todo ser creado por la ciencia y la tecnología —no importa de dónde provenga—, que posee conciencia propia. Por lo tanto, estas máquinas robotizadas no son más que mecanismos computarizados que se ocupan para algunos trabajos o pesados. Son los mismos robots con los que contamos hoy y que fácilmente encontramos en las industrias donde se

construyen electrodomésticos, automóviles, etc. Además, no son máquinas de apariencia antropomórfica, pues su aspecto estético no importa demasiado, solo basta con que sirvan y nada más. Claro que, por lo general, su apariencia puede simular un brazo, ya que —en su mayoría— son máquinas constructoras.

En la ciencia ficción los robots no tienen por qué funcionar necesariamente igual que en la realidad (petróleo, fusión nuclear, entre otros tipos de energía) o estar contruidos sobre la base de los elementos que tenemos a mano hoy en día. Así, muy bien nos podemos encontrar en algún relato, novela, película, cómic u otro medio de expresión, con hombres mecánicos que funcionen basándose en el vapor (serie de animación japonesa *Sakura Wars*), en vez de la electricidad. También podrían estar hechos de madera o de metal líquido, como el androide Metamorfo de *Terminator 2*... Y es que en la ciencia-ficción todo es posible. Un ejemplo de *robot máquina* en el clásico cuento de Ray Bradbury *Vendrán lluvias suaves*, contenido en sus *Crónicas Marcianas*:

«Afuera, el garaje tocó unas campanillas, levantó la puerta, y descubrió un automóvil con el motor en marcha. Luego la puerta descendió otra vez.

A las ocho y media los huevos estaban resacos y las tostadas duras como piedras. Un brazo de aluminio los arrojó al vertedero, y un remolino de agua caliente los metió en una garganta de metal que los digirió y los llevó al océano distante. Los platos sucios cayeron en una máquina de lavar y emergieron relucientes y secos».

2- El *mecha* (*meka*)

Su nombre es una abreviatura de la palabra inglesa *mechanical*, que significa «mecánico» y fue acuñado por los autores japoneses de cómics y animaciones para referirse a una especie de súper-armadura computarizada y de gran tamaño. Es utilizada o tripulada por una persona —o más—, que la maneja con diversos objetivos (bélicos o constructivos, entre otros). Puede tener inteligencia propia —ser consciente o semiconsciente—, así como ser solo una máquina de avanzada tecnología.

Existe una serie de novelas ambientadas en un mundo donde diferentes señores de la guerra combaten entre sí, usando este tipo de robots: es el llamado universo de *Battletech*, que tiene a varios autores escribiendo sobre sus aventuras.

Un caso especial referido al fascinante mundo de los *mechas* es lo que sucede en el anime y los mangas, donde hay un sinnúmero de series protagonizadas por estos particulares robots. Famoso es —para nosotros— el caso de *Mazinger Z* cuyo autor, Go Nagai, dio vida a otros muchos *mechas* y a una extensa saga dedicada al propio *Mazinger*. También es muy popular el concepto de *Gundam*, con el cual podemos contar más de dos docenas de series y películas. Últimamente, tienen bastante fama las series de *Evangelion* y *Escaflowne*; ambas llenas de simbolismos religiosos, medievales y míticos.

3- El *cíborg*

Un *cíborg* no cae exactamente dentro del concepto de robot; sin embargo sí se puede considerar como una mezcla

—un «mestizo»— entre hombre y máquina. La palabra en sí es una contracción de las voces inglesas *cybernetic organism* y fue acuñada por Manfred Clynes y Nathan S. Kline en el artículo *Cyborgs and Space*, aparecido en el número de septiembre de 1960 de la revista *Astronautics*.

En pocas palabras, es un individuo orgánico al que se le han injertado elementos mecánicos, pero no al modo ortopédico, sino para mejorar su calidad de vida. También podríamos decir que un cibernético es un ser humano robotizado, que no ha perdido su humanidad, aunque sí ha incorporado en su vida (y, precisamente, en su organismo) la robótica y lo electrónico, ya sea en un sentido estético o como implantes —desde globos oculares u órganos hasta extremidades o cuerpos completos—, que le permiten tener acceso a cualidades que, de forma natural, no podrían conseguir (súper fuerza, armas escondidas o a simple vista incorporadas a sus cuerpos, enchufes, etc.).

Por otro lado, un cibernético no tiene necesariamente que poseer extensiones mecánicas robotizadas, pues basta con sus injertos electrónicos para tener apariencia robótica. Así, por ejemplo, en la novela *Neuromante* de William Gibson, los protagonistas poseen numerosos injertos que les permiten tener acceso rápido a Internet, enchufándose sofisticados cables de conexión al cráneo.

Los cibernéticos aparecieron en la literatura de ciencia ficción mucho antes de crearse el término. Ya en la década de 1930 se escribieron cuentos sobre ellos, de prestigiosos autores como C.L. Moore, Henry Kuttner y James Blish. Sin embargo, mucho antes que estos escritores, Neil R. Jones, Edgar Rice Burroughs y John W. Campbell, escribieron sobre estos hombres mecánicos.

4- El androide

Es un robot con apariencia de ser humano, es decir, un humanoide mecánico. Un androide tiene configurada su estructura externa de tal modo que se parece a un hombre o una mujer, tanto por su aspecto físico como por su mente. Pueden poseer un sexo definido.

Existen dos tipos de androides. Primero están los que se asemejan a un ser humano, pero que a simple vista se diferencian de un homo sapiens debido a su apariencia artificial y metálica (claro que, en su construcción, muy bien se podría usar algún plástico durísimo e incluso alguna madera especialmente tratada). Por su parte, la mayoría de los robots que salen en las ficciones de Isaac Asimov corresponden a este primer tipo.

Segundo, existen los androides que —además de tener una apariencia antropomórfica— poseen tejidos, órganos, piel, pelos e incluso secreciones que simulan la de los seres orgánicos. En algunas obras de ciencia ficción, los androides están «envueltos» en material genético humano, gracias a cultivos de ADN, de modo que solo en su interior se observan los elementos mecánicos y robóticos. Es lo que pasa, por ejemplo, con los androides llamados *Unidad Cerebral Nexus 6* de la novela de Phillip K. Dick *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* —que inspiró a la famosa película *Blade Runner*, llamándoseles en el film «replicantes»—, en la que el único medio para distinguir a un humano de un androide es a través del minucioso análisis de las respuestas eléctricas de sus nervios ópticos. También tenemos a Stephen Byerley protagonista del

cuento *La Prueba* de Asimov, quien es llamado por este autor como «*Robot humanoide*». Stephen tiene apariencia humana (piel, pelo, carne, ojos reales), pero posee cerebro positrónico.

5- La inteligencia artificial (IA)

Una IA no es, necesariamente, un robot. Esto quiere decir que una inteligencia artificial no tiene por qué estar sujeta a las leyes de poseer un cuerpo como cualquier robot, sino que es más bien una conciencia surgida a través del desarrollo de una computadora que ha cobrado vida como ser pensante. Luego de esto, una IA puede hacer lo que desee, construyéndose uno o más cuerpos donde depositar su mente o solo parte de ella. Algunas IAs que aparecen en las obras de ciencia ficción habitan en dimensiones ajenas a la física, o en realidades virtuales alojadas en Internet, teniendo acceso al mundo físico gracias a conexiones electrónicas y a los robots que manejan. También puede ser que una IA se proyecte a través de un holograma, para interactuar con los seres orgánicos, o exista meramente a través de una forma holográfica, tal como sucede con el «Doctor» virtual de la serie de televisión *Viaje a las Estrellas: Voyager*, quien piensa, siente y actúa al igual que un ser humano, con la distinción ya mencionada.

6- El híbrido

Concepto originalmente acuñado por el escritor Dan Simmons en su saga *Hyperion*, la cual comprende cuatro libros en total. Esta especie es en sí un robot totalmente or-

gánico, y su existencia está ligada a la de las IAs comentadas arriba.

Un cíbrido es un organismo consiente creado a partir de ADN humano en cuyo cerebro, también de tejido, alberga la conciencia de una IA, o al menos parte de ella. Es utilizado por las IAs como medio de locomoción y para interactuar con los humanos, así como para permitir a la IA experimentar lo humano en todas sus expresiones (sentimientos, pasiones, emociones...). Se podría decir que un cíbrido es algo así como una marioneta para una IA. Esta última especie puede ignorar que su «vida» está regida por los designios de una IA, siendo además parte de ella, pero también puede llegar a ser independiente de la misma. En la saga de *Hyperion*, los cíbridos que hay, son en realidad experimentos de las llamadas IAs del *TecnoNúcleo* para poder comprender más a la raza humana. Así, un cíbrido es una copia, un clon de una figura humana histórica de la que, además de utilizarse su material genético para realizar el cíbrido, se ha imitado la personalidad usándose todos los registros que existiesen sobre esa figura (en las dos primeras novelas de esta saga, es del poeta romántico inglés, John Keats de quien se ha hecho un cíbrido).

«Johnny —su verdadero nombre era un código de dígitos, letras y series de cifras más largas que mi brazo— era un cíbrido.

Los cíbridos son otra cosa. Confeccionados con material genético humano, tienen una apariencia y una conducta externa mucho más humana de la que se concede a los andróides. Los convenios entre el TecnoNúcleo y la Hegemonía permiten solo la existencia de un puñado de cíbridos.

—Tengo un cíbrido..., se podría decir que soy un cíbrido, porque mi... función... es observar a los seres humanos y reaccionar ante ellos. En cierto sentido fui humano una vez.

—Bien, yo soy, o era, un proyecto de recuperación anterior y mucho más complicado. Mi personalidad núcleo se basaba en un poeta de Vieja Tierra anterior a la Hégira. Antiguo. Nació a fines del siglo dieciocho según el viejo calendario.

—¿Cómo cuernos reconstruyen una personalidad que se perdió en el tiempo?

—Por los escritos —respondió Johnny—. Cartas, diarios, biografías, críticas, testimonios de amigos, pero sobre todo mediante los poemas. El simulador recrea el entorno, inserta los factores conocidos y trabaja a partir de los productos creativos. Voila... un núcleo de personalidad (...)

—¿Entonces, qué? Construyen su personalidad a partir de un poeta muerto. ¿Qué hacen luego?

—Esto se transforma en el molde a partir del cual crece la IA. El cíbrido me permite desempeñar mi papel de la comunidad de plano de datos»..

Elwin Álvarez Fuentes
(de *El Cubil del Cíclope*)

Este libro fue
impreso, por
maquinaria
inteligente, 87 años
después de la
creación de Elektro y
su perro Sparko, los
primeros robots
reales del siglo XX.

